

“El Caribe como área sociocultural”: reflexiones y comentarios

Juan A. Giusti Cordero
Universidad de Puerto Rico
juangicor@gmail.com

Resumen

“El Caribe como área socio-cultural” (1966), un ensayo clave de Sidney W. Mintz, promueve múltiples discusiones y acercamientos. Este artículo examina el contexto histórico e intelectual del ensayo: su lugar en el conjunto de la obra de Mintz; su importancia en los estudios sobre el Caribe; y los debates aún vigentes en los cuales el ensayo se ubica. También se analizan los criterios que Mintz ofrece para definir el Caribe, con el fin de destacar el alcance histórico de cada uno y sus interacciones. Finalmente se ofrecen algunas apreciaciones generales sobre “El Caribe...” y sus implicaciones más amplias. “El Caribe...” presenta una región cuyo eje es la occidentalización y modernidad precoz, ocupando así una posición histórico mundial como puesto avanzado del capitalismo. Es a partir de ese principio –muchas veces pasado por alto en la discusión de la obra de Mintz– que se articula el conglomerado de plantación, racismo y perdurable colonialismo que para Mintz tipifica al Caribe histórico.

Palabras clave: *Caribe, Sidney Mintz, modernidad, estudios de área, capitalismo.*

“El Caribe como área sociocultural” es un texto que promueve múltiples discusiones y acercamientos. A continuación examinaré el contexto de ese ensayo: su lugar en el conjunto de la obra de Sidney Mintz; su importancia en los estudios del Caribe; y los debates aún vigentes en los cuales el ensayo se ubica. Luego pasaré a analizar los criterios que Mintz ofrece para definir el Caribe, con el fin de destacar el alcance histórico de cada uno y sus interacciones. Al final ofreceré algunas apreciaciones generales sobre “el Caribe...” y sus implicaciones más amplias.

Las páginas introductorias de “El Caribe como área sociocultural”¹ sientan pautas para comprender el ejercicio analítico de Mintz. En primer lugar, el autor conecta la antigüedad del colonialismo en el Caribe con su precoz modernidad como dos caras del mismo proceso. Afirma la novedad histórica del Caribe como el primer y más antiguo espacio de colonización europea; subraya el carácter radical de esta colonización, al barrer con las poblaciones indígenas; y traza su rol clave en el desarrollo ultramarino del capitalismo. Todo esto forjó en el Caribe una particular modernidad que impactó medularmente la configuración del propio Occidente. De cara a la importancia geopolítica y estratégica que cobró (o mas bien recuperó) el Caribe a mediados del siglo XX, sobre todo debido a la Revolución Cubana, Mintz resalta la importancia económica que tuvo el área en siglos previos. Igualmente destaca la antigüedad y duración (algunos dirían permanencia) del colonialismo en el Caribe y lo distingue de la historia colonial de Asia, África y la propia América Latina continental. El colonialismo, Mintz insiste, no es un fenómeno monolítico. En el Caribe tiene quizá su expresión más extrema en el mundo moderno, al grado de que el propio Occidente se forjó en parte allí, en estas sus “colonias ‘industriales’ más antiguas”.²

¹ Publicado originalmente bajo Sidney W. Mintz, “The Caribbean as a Sociocultural Area”, *Journal of World History*, vol. 9, no.4, 1966, pp. 912-937. En adelante, “El Caribe...”. Se citarán las páginas de la traducción al español publicada en este número. El artículo apareció posteriormente en *Peoples and Cultures of the Caribbean: An Anthropological Reader*, editada por Michael M. Horowitz. New York, Natural History Press/American Museum of Natural History, 1971, pp. 17-46.

² Mintz, “El Caribe...”, p. 29.

El ensayo presenta un Caribe cuyo eje es la occidentalización y modernidad precoz, ocupando así una posición histórica mundial como puesto avanzado del capitalismo. Es a partir de ese principio –muchas veces pasado por alto en la discusión de la obra de Mintz– que se articula el conglomerado de plantación, el racismo y perdurable colonialismo que para Mintz tipifica al Caribe. En un extraordinario ejercicio de síntesis, hace un recorrido desde la ecología y topografía del Caribe, sus transformaciones demográficas y económicas, hasta las consecuencias políticas y culturales de sus procesos y sus implicaciones durante y después de los gobiernos coloniales. En su análisis, la visión del Caribe como un todo está siempre en contrapunto con la de un Caribe heterogéneo, de componentes específicos que contrastan entre sí a la vez que interactúan. En esta dimensión interna, los contrastes e interacciones entre el Caribe hispano y el Caribe inglés, francés, holandés y danés son los más notables, pero hay muchos otros contrapuntos (en materia de raza y etnicidad, ecología, procesos de colonización, relaciones agrarias, tipos de asentamiento rural, patrones familiares, identidad nacional, formas de colonialismo, etc.).

Mintz, en efecto, propone, de una parte, una dinámica externa del Caribe en el desarrollo de Occidente y el capitalismo atlántico y, de otra, una dinámica interna de contrastes e interacciones sociohistóricas. Conecta al Caribe en conjunto con Europa y la historia de la Europa moderna temprana; la occidentalización como precursora de la modernización; y luego la globalización que conocemos hoy día. Al mismo tiempo, no pierde de vista la complejidad interna del Caribe, que, a la vez, expresa y potencia el proceso mayor.

EL CARIBE “SOCIOCULTURAL”

Mintz ausculta los elementos comunes del Caribe a nivel sociocultural, no en su nivel más institucional o de tradición histórica, por ejemplo, el idioma oficial, las religiones institucionales y los sistemas jurídicos. Su perspectiva le concede menos importancia a esas diferencias, las cuales se asocian con “la cultura” en un sentido estrecho y formal, surgidas de un “cuerpo común de tradición histórica”–que tantas veces

se invocan para dibujar un Caribe fragmentado. Sin descartar en absoluto la dimensión cultural, Mintz la reconceptúa de un modo más social, desde una perspectiva *sociocultural*, “*societal*”³ o *sociohistórica*, que enfoca “las formas de estructura social y organización social” como contexto necesario de todo análisis cultural. También usa los términos “bloque cultural” o “bloque sociocultural” (*sociocultural bloc*). En *La isla que se repite*, Benítez Rojo coincidió con Mintz en que “la ruta más rápida para llegar a definir alguna forma sustancial de ‘caribeñidad’ no es la de la cultura”. Benítez Rojo cita directamente un pasaje fundamental de la introducción de “El Caribe...” donde Mintz destaca la importancia de las “formas de estructura y organización social”.⁴

Al resaltar el Caribe como área sociocultural o *societal*, Mintz muy bien podría haber titulado el artículo “El Caribe como área sociológica”, o “El Caribe como área antropológica”. El cuestionamiento de Mintz a los enfoques estrechamente culturales se dirige, claro está, a las diferencias entre los lenguajes, formas políticas, religiones, etc. que en buena medida fueron impuestos por el capitalismo colonial europeo. En cambio, las estructuras económicas que impuso ese mismo régimen (notablemente, la plantación) y los patrones sociales que se desarrollaron en oposición e interacción con las mismas presentan afinidades a través del Caribe.

La conceptualización del Caribe que ofrece Mintz puede ser cualificada, pero no cabe duda de su coherencia o de la lucidez con que la propone. En fin, es imposible hablar de antropología histórica hoy día sin hablar de Sidney Mintz, y “El Caribe como área sociocultural” es uno de los textos de su autoría en el cual más efectivamente ejerce su oficio.

³ *Societal*, aunque está aceptada en el idioma inglés, y se usa en ocasiones en español, no existe en el *Diccionario de la Lengua Española*. De tal modo, *societal* no tendría otra traducción al español que “social”. *Societal* aparentemente pretende transmitir unas connotaciones más rigurosas de estructura y patrones sociales que contrastarían con las más difusas de “social”. Ese parece ser el objetivo al menos de Mintz.

⁴ Mintz, “El Caribe...”, p. 5; Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hannover, N.H., Ediciones del Norte, 1989, pp. 51-56.

LA CUESTIÓN DEL ARCHIPIÉLAGO

Mintz distingue al Caribe vis à vis los espacios continentales de América que compartieron experiencias en algo parecidas, incluyendo una historia de plantaciones esclavistas.

Varios intentos útiles de clasificar el área del Caribe como subcategoría de algún bloque cultural mayor no han logrado definir plenamente la particularidad de la región, ni agruparla convincentemente con aquellas partes del continente latinoamericano expuestas a influencias sociohistóricas similares.⁵

Su definición distancia al Caribe de América continental –la geografía insular y la virtual extinción de los indígenas de por sí ya marcan la distancia trascendental– para configurarlo como área sociocultural propia, a la vez que lo aproxima relativamente a Europa y al desarrollo del capitalismo atlántico. Cabe señalar que la definición estrictamente “archipiélagica” de Mintz es incluso más restrictiva que otras que incluyen a las Guyanas y Belice.

Al delimitar su definición del Caribe para incluir solo las sociedades insulares, Mintz se aparta de lo que ha sido una tendencia común sobre todo en el medio hispanoparlante. Esto resulta irónico, ya que el énfasis de Mintz en la heterogeneidad del Caribe insular precisamente facilita aproximarlos al litoral continental caribeño, es decir, al Caribe continental. Tienen razón Margaret Shrimpton-Masson y Juan Duchesne Winter al cuestionar (respectivamente) la exclusión del Yucatán y la Guajira de la definición del Caribe que Mintz propone.⁶ Esta crítica, aunque válida, se enriquecería si abordara las concep-

⁵ Mintz, “El Caribe...”, pp. 2-3.

⁶ Véase Margaret Shrimpton Masson, “Islas de Tierra Firme: ¿un modelo para el Caribe continental? El caso de Yucatán”, *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe*, vol.11, núm. 25, pp. 178-208, enero-abril 2015, consultado 20 de marzo de 2016, <http://www.redalyc.org/pdf/855/85536228008.pdf>. Juan Duchesne Winter considera, como Shrimpton-Masson, que es erróneo excluir al litoral continental del Mar Caribe. “Caribe interioro excentrico: un asomo a un espacio wayuu”, *Aguaíta*, vol. 24, diciembre 2012, pp. 100-109, consultado 21 de marzo de 2016, http://occ.dspace.escire.net/bitstream/11223/82/1/AGUAITA_249ag.100.pdf.

tualizaciones reiteradas que Mintz ofrece, por ejemplo, sobre el Caribe hispano a través de su obra, las cuales permiten precisar sus afinidades históricas con el Caribe continental. Ciertamente, las implicaciones de una u otra ubicación del Caribe son importantes, ante todo en términos de los campos de discusión intelectual y de disciplinas académicas. Las distintas ubicaciones que se le han asignado al Caribe, implica Mintz, son el resultado de que sus estudiosos “no han logrado definir plenamente la particularidad de la región, ni agruparla convincentemente con aquellas partes del continente latinoamericano expuestas a influencias sociohistóricas similares”.⁷ Es menester “entender mejor tanto lo que distingue a esta área de otras, como lo que le imparte su carácter particular y algo singular; los puntos principales son de carácter sociohistórico”.⁸

MICHAEL G. SMITH Y EL *PLURAL SOCIETY*

La perspectiva de *plural society*, elaborada en el Caribe ante todo por el antropólogo jamaicano Michael G. Smith, es otro referente importante para “El Caribe...”, tanto como punto de partida así como de “pared de rebote” crítico. *Plural society* estaba muy en boga en el Caribe durante los años previos a la publicación del artículo. En *A Framework for Caribbean Studies*⁹ –ensayo clave que precedió a “El Caribe...” por una década– Smith argumentó que en el Caribe inglés (“the Caribbean area proper” como la llama) las sociedades estaban escindidas en dos segmentos que coexistían en una relación desigual forjada sobre bases principalmente raciales y culturales, y con poca interacción entre sí, formando una sociedad “plural”.¹⁰ De golpe y porrazo, Smith excluía de “the Caribbean area proper” (que equiparaba con los *West Indies*) al Caribe hispano y aun al fran-

⁷ Mintz, “El Caribe...”, p. 3.

⁸ *Ibid.*, p. 4.

⁹ Michael G. Smith, *A Framework for Caribbean Studies*. Mona, Extra-Mural Dept., University College of the West Indies, 1950, p. 5. También en *The Plural Society in the West Indies*, Berkeley, University of California Press, 1965. En el Caribe inglés, generalmente se le conoce a Michael G. Smith como “M. G. Smith”.

¹⁰ Véase la crítica de Michel-Rolph Trouillot al modelo de Smith de “sociedad plural” en Trouillot, “The Caribbean Region: An Open Frontier in Anthropological Theory”, *Annual Review of Anthropology*, vol. 21, 1992, pp. 25-28.

cés y holandés: “Despite the cultural continuities across imperial frontiers, I have excluded the French, Dutch, American, and Latin units from my present field of interest”.¹¹

En respuesta a Smith, Mintz define al Caribe como un *societal o sociocultural area* más abarcador que “the Caribbean area proper.”¹² En el análisis de Mintz, el peso concedido a lo social desmonta las premisas geohistóricas del modelo de *plural society*.¹³ En un párrafo fundamental de “El Caribe...”, Mintz escribe:

Con el fin de adelantar el argumento, debe subrayarse la diferencia entre “cultura” y “sociedad”, según el uso dado aquí a esos términos. Para comenzar, es inexacto referirse al Caribe como un “área cultural” si por “cultura” se entiende un cuerpo común de tradición histórica. Los orígenes muy diversos de las poblaciones caribeñas, una compleja historia de imposiciones culturales europeas y la ausencia en la mayoría de estas sociedades de alguna continuidad firme en la cultura de la potencia colonial han resultado en un cuadro cultural sumamente heterogéneo. Y, sin embargo, las *sociedades* del Caribe –tomando “sociedad” para referirse aquí a formas de estructura y organización social– presentan semejanzas que de ninguna manera se pueden atribuir a la mera coincidencia. Probablemente sería más exacto (aunque de estilo torpe) referirse al Caribe como un “área societal” debido a que las sociedades que lo componen probablemente comparten más rasgos socioestructurales que culturales. Las uniformidades pan Caribeñas resultan ser mayormente unos paralelos de estructura socioeconómica y organización, fruto de un dominio colonial prolongado y bastante rígido. El hecho de que varias de ellas también comparten

¹¹ Smith, *A Framework*, p. 4.

¹² Mintz, “El Caribe...”, p. 5.

¹³ Sobre el trasfondo de “plural society”, ver *infra*, a las pp. 22-24. Smith aplicó al Caribe el marco conceptual de “plural society” antes ideado para Surinam (Van Lier) y el sureste asiático (Furnivall)... como él mismo reconocía. Mintz solo le acreditaba a Smith “el haber llevado el tema de la ‘sociedad plural’ algo más allá”. Sobre la relación entre modelos sociales y económicos como el de Van Lier, y el modelo de William Arthur Lewis de una economía “plural”, véase Rudolf A. J. van Lier, *The Development and Nature of Society in the West Indies* (publicado como opúsculo). Instituto Real para las Indias (Koninklijk Instituut voor Taal-, Land- en Volkenkunde), Translation Series 14, 1950.

culturas similares o históricamente relacionadas, aunque es importante, se considera aquí como secundario.¹⁴

Smith proponía que su modelo era global, por entender que existían sociedades plurales alrededor del planeta y que estas eran directamente comparables entre sí. *Plural society* tiene alguna utilidad para análisis comparados y su atención a la historia abonó a la conceptualización de la plantación y a sus efectos sociales y culturales duraderos. Pero es un modelo que difícilmente capta especificidades históricas y transformaciones sociales. Y ciertamente, según conceptualizado por Smith, constituía un gran déficit el que enfocara sólo al Caribe angloparlante y excluyera del Caribe al resto de la región.

PLANTATION AMERICA Y AFROAMÉRICA

El análisis de “El Caribe como área sociocultural” es más afin a otro ensayo que provenía de la década anterior a “El Caribe...”: “Plantation America: A Culture Sphere”, de Charles Wagley,¹⁵ Sin embargo, existen diferencias importantes entre estos textos.

Wagley identificaba los siguientes atributos principales de *Plantation America*¹⁶: (1) sistemas de plantación y monocultivo; (2) líneas de clase rígidas; (3) sociedades multirraciales en las cuales nociones de “raza social” matizan características estrictamente fenotípicas; (4) estructuras comunitarias débiles; (5) un campesinado numeroso que practica tanto la agricultura de subsistencia como la comercial y que suplementa sus ingresos mediante trabajo en plantaciones o aun en industrias; (6) una organización familiar matrifocal y un predominio de uniones consensuales.¹⁷

¹⁴ Mintz, “El Caribe...”, p. 5.

¹⁵ Charles Wagley, “Plantation America: A Culture Sphere”, en Vera Rubin (comp.), *Caribbean Studies: A Symposium*. Seattle, University of Washington Press, 1957, pp. 3-13.

¹⁶ Aparte de una serie de “características culturales adicionales” que se discuten más adelante.

¹⁷ Sobre Afroamérica, y una clasificación posterior muy similar a la que hace Wagley véase, según Ribeiro, las tres grandes divisiones de América: los “Pueblos testimonio” (que corresponde a la “Indoamérica” de Wagley),

Los elementos comunes de *Plantation America* incluyen, notablemente, la prevalencia de la producción de plantaciones y una población de descendencia africana (Wagley también la llama “Afroamérica”).¹⁸ Wagley sitúa al Caribe plenamente dentro de la “esfera” o región cultural más amplia de *Plantation America*, la cual alcanzaba desde el sur de los Estados Unidos hasta Brasil. Mintz, en cambio, afirma que el Caribe es una región propia, una región *societal* o sociocultural, con características más específicas. Esas características, tomadas individualmente, pueden encontrarse en otras partes de América o del mundo. Sin embargo, fuera del Caribe no se encuentran todas reunidas a la vez.

Mintz entendía que un contexto tan amplio como *Plantation America*) resultaba demasiado heterogéneo como marco de análisis. “Dentro de un marco de referencia tan vasto, las diferencias regionales de naturaleza histórica o contemporánea poseen una importancia obvia para el trabajo comparativo”.¹⁹ *Plantation America* es además de poca utilidad para conceptualizar las diferencias entre zonas tan dispares como lo serían Barbados y Santo Domingo, o el noreste de Brasil y el sur de los EE.UU. Por eso, Mintz rechazaba colocar al Caribe meramente como “una subcategoría de algún bloque cultural más grande” como lo sería *Plantation America* (“la América de las plantaciones”), según lo elaborado por Wagley, o en “Afroamérica”, planteada luego por Darcy Ribeiro²⁰ y otros autores. En este punto, Mintz estaba de acuerdo con Smith, aunque varían

los “Pueblos nuevos” (la “América de las plantaciones”) y los “Pueblos trasplantados” (Euroamérica). Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización: el proceso de formación y causas del desarrollo cultural desigual de los pueblos americanos*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969, pp. 69-75.

¹⁸ Antonio Gaztambide Géigel, “La invención del Caribe a partir de 1898”, en *Tan lejos de Dios: ensayo sobre las relaciones del Caribe con Estados Unidos*. Río Piedras, Ediciones Callejón, 2016.

¹⁹ Esas características “consisten en la expansión europea al Nuevo Mundo, los patrones históricos comunes de conquista, colonización, peonazgo o esclavitud y el desarrollo de sociedades multiraciales y multiculturales por toda el área.” Cita de Smith en Mintz, “El Caribe...”, p. 4, nota 5.

²⁰ *Op. cit.* Ribeiro utiliza el concepto de “pueblos nuevos” para significar las sociedades forjadas al calor de economías de monocultivo y plantación donde fueron transformados profundamente sus originales componentes indígenas, europeos y africanos.

sus definiciones: el Caribe tiene una trayectoria propia. A diferencia de Wagley, Mintz interesaba destacar la especificidad y coherencia histórica del Caribe frente a regiones similares en el continente americano (el noreste de Brasil, la costa caribeña de Centro y Sur América, la costa pacífica de Ecuador y Perú). No debate abiertamente con Wagley, pero su rechazo al concepto de *culture area*, en efecto, representa una crítica al *culture sphere* de Wagley.

A la misma vez, la conceptualización de Mintz pone sobre el tapete la ubicación del Caribe en la historia de América, de Occidente y del capitalismo como tal. De hecho, esta perspectiva facilita un análisis de la trayectoria de Puerto Rico y el Caribe hispano particularmente atento a los contrastes e interacciones con los territorios ingleses, franceses, holandeses y daneses en la región.

Más allá de las interrogantes que suscitan los linderos de *Plantation America* y la construcción de su definición, hay que resaltar un elemento del análisis de Wagley que tiene una importancia indiscutible y que lo aproxima particularmente a la conceptualización de Mintz. A pesar de su énfasis en la plantación, Wagley sagazmente proponía también al campesinado como uno de los cinco elementos de la definición de *Plantation America*. Consideraba al campesinado de *Plantation America* como el más europeo del continente... imás que el de la propia Euroamérica! Más aun, enumerar al final del ensayo unas “características culturales adicionales” que deriven “de similitudes de hábitat, frecuentemente de un fondo histórico común y la presencia de una gran población de origen africano”.²¹ Wagley distingue las siguientes: (1) similitud en cultivos alimentarios, excepto en el sur de los EEUU; (2) agricultura de tala y quema; (3) mercados locales donde las mujeres jugaban un rol protagónico; (4) una gastronomía común, en términos generales; (5) música y baile que comparten una veta común; (6) folklore fuertemente influenciado por África; (7) cultos religiosos afroamericanos o donde al menos se hayan fusionado elementos africanos con cristianos. Estos rasgos tienen sus orígenes en los campesinados que se desarrollaron en, y después, de la esclavitud.

²¹ Wagley, *op. cit.*, p. 9.

Ahora bien, el componente del campesinado en el análisis de Wagley encaja incómodamente en la estructura de la plantación según él la define y se difumina entre las siete “características culturales adicionales”. En ese contexto, lo campesino queda en parte como un ramillete de atributos que existen de modo colateral y supeditado a las plantaciones. No aparece como un elemento integral, tal como permite verlo un acercamiento más procesual en el análisis de Mintz, en el cual plantaciones y campesinos existen en estrecha interacción tanto de conflicto como de complementariedad y en condiciones históricas específicas; y cada polo se fortalece o se debilita conforme a procesos entendibles y con diferente trayecto en distintas partes del Caribe. Quizá no podía ser de otra forma, ya que estas siete “características culturales adicionales” que propone Wagley, vistas en todo su alcance, ponen en jaque el modelo de una sociedad de plantaciones avasalladora.

PLANTATION SCHOOL

Cuando Mintz escribe “El Caribe...”, a mediados de la década de los sesenta, la corriente conocida como la *Plantation School* estaba aún en desarrollo y Mintz no cita en “El Caribe...” los trabajos iniciales de sus autores.²² Sin embargo, la *Plantation School* forma parte del contexto inmediato del ensayo de Mintz. Existen además afinidades notables entre la *Plantation America* de Wagley y la *Plantation School*, y el acercamiento de Mintz a ambas perspectivas tiene mucho en común.

La *Plantation School* fue una corriente de pensamiento económico y político que resaltaba la importancia pasada y presente de la plantación en el Caribe y su rol en el subdesarrollo de la región. Aparte de la importancia persistente de la agroexportación en gran parte del Caribe a mediados del siglo XX, la *Plantation School* señalaba como sucesores de la plantación a sectores económicos de enclave como el turismo y las petroquímicas. Los términos de *plantation economy* y *plantation society* a menudo se usan indistintamente con el de

²² Publicados principalmente en el *New World Quarterly*, editado en Guyana y Jamaica.

Plantation School, aunque también denotan subcorrientes con énfasis propios.²³

Esta corriente intelectual y política surgió a principios de la década del 1960 en el marco de la reciente independencia de Jamaica. Luego se amplió a Georgetown, Guyana y a través del Caribe anglófono. Corrió paralelamente a los estudios caribeños en las universidades de la región, EEUU y Canadá, mientras interactuaba con ese campo. Su base fue el *New World Group*, un grupo de discusión informal del Institute for Social and Economic Research de la Universidad de West Indies en Mona, Jamaica. La *Plantation School* tuvo además interacciones interesantes, y no suficientemente comentadas, con la academia y el espacio político canadiense donde existía una preocupación amplia por los efectos de la penetración económica y cultural estadounidense.

La importancia sociohistórica que tiene en “El Caribe...” la plantación, particularmente la azucarera, vincula a ese ensayo con la corriente de *Plantation School*. Esta corriente dinamizó los estudios del Caribe desde principios de los 1960, aunque sus trabajos clave no se publicaron en revistas de circulación amplia hasta 1968 y en años subsiguientes.²⁴

²³ No es posible considerar aquí estos diversos acercamientos. Norman Girvan, “The Critical Tradition of Caribbean Political Economy: The Legacy of George Beckford”, *Social and Economic Studies*, vol. 54, no. 3, 2005, pp. 198-221; W. A. Lewis, “The Plantation School and Dependency: An Interpretation”, *Social and Economic Studies*, vol. 54, 2005, pp. 198-221.

²⁴ Sus participantes incluyeron a Lloyd Best, George Beckford, Norman Girvan, Roy Augier, Mervyn Alleyne, Kari Polanyi Levitt (hija única de Karl Polanyi), Vaughn Lewis y Havelock Brewster, entre muchos otros. La revista *New World Quarterly* fue su vehículo de difusión amplia como también, en el plano académico, *Social and Economic Studies*, de UWI-Mona. El objetivo del *Plantation School* era analizar los problemas de desarrollo del Caribe a partir de un análisis de su historia y sociedad. Los textos más importantes del *Plantation School* fueron publicados poco después. Lloyd Best, “Outline of a Model of Pure Plantation Economy”, *Social and Economic Studies*, vol. 17, no. 3, September 1968, pp. 283-326; George Beckford, *Persistent Poverty. Underdevelopment in Plantation Economies of the Third World*. University of West Indies Press, 1999 [1972]; Norman Girvan y Owen Jefferson, *Readings in the Political Economy of the Caribbean*. Kingston, Jamaica, New World Group, 1971. Si bien la publicación inicial de “The Caribbean...” en el *Journal of World History* tuvo una circulación limitada en el Caribe, no así los textos previos de Mintz sobre la plantación, que datan de principios de los 1950. Asimismo un muy citado

Se pueden señalar tres aspectos importantes de la *Plantation School*. Primero, que se generó a partir del Caribe mismo, principalmente en Jamaica (en cuya University of the West Indies, en Mona, se congregaban académicos de toda la región) y en Guyana, con una presencia importante, cabe señalar, de caribeños radicados en universidades canadienses y de universitarios anglocanadienses. Segundo, la *Plantation School* integraba varias de las ciencias sociales –particularmente la economía política, la sociología, la historia, no tanto la antropología– e iba dirigida al análisis del presente y a proponer cambios radicales de política pública para el futuro. Tercero, la *Plantation School* participó de un espacio híbrido, a la vez universitario y de activismo político y social.

Esta escuela singularizaba la plantación y el sistema económico y político que se generó en torno a ella como principal responsable del subdesarrollo del Caribe y, a la vez, como expresión máxima del control colonial o neocolonial sobre las sociedades de la región. Representó un paso de avance con relación a los análisis que tomaban como marco a la esclavitud en sí, lo cual se concentraba en la relación laboral específica (con acento jurídico) y en una época dada, a expensas de una óptica comparada y diacrónica.²⁵ El modelo de la plantación abarcaba la relación laboral pero también la estructura de producción y la jerarquía de mando; era uno elocuente y sencillo, y captaba verdades importantes sobre la historia del Caribe.

The plantation society construct is an excellent device for defining a region on the basis of common features associ-

artículo de 1957 escrito con Wolf, donde los autores esbozan ampliamente su concepción de la economía y sociedad de plantaciones en el contexto de una economía capitalista. Eric R. Wolf y Sidney W. Mintz, “Haciendas and Plantations in Middle America and the Antilles”, *Social and Economic Studies*, vol. 6, no. 3, 1957, pp. 380-412. Véase Lloyd Best y Kari Levitt, *Essays on the Theory of Plantation Economy: A Historical and Institutional Approach to Caribbean Economic Development*. Kingston, Jamaica, University of West Indies Press, 2009. Un libro de Kari Levitt que aplica los enfoques generales de *plantation economy* a Canadá es un clásico en ese país, *Silent Surrender: The American Economic Empire in Canada*, Toronto, Macmillan of Canada, 1970.

²⁵ Carl N. Degler, “Plantation Society: Old and New Perspectives on Hemispheric History”, *Plantation Society in the Americas*, vol. 1, no. 1, February 1979, pp. 9-15.

ated with, or even caused by, a plantation economy of the past [...] Nevertheless, the idea of plantation society has followed a course that explanatory constructs often follow: at first they order a confused reality and lead us to enlarged understanding; but as we absorb and apply our new understanding, the categories begin to lose their usefulness and may even blind us to new conceptual possibilities.²⁶

La *Plantation School* tendía a exagerar la capacidad de control que ejercían los plantadores, su cohesión como clase y su control sobre el estado colonial. Además, aplanaba las diferencias entre las sociedades caribeñas y subestimaba tanto el cambio histórico como la resistencia a la economía de plantaciones. Como ha señalado Michaeline Crichlow, este paradigma

... reifies the plantation as the critical “institution” to which folk can act and react to in the Caribbean societies. It makes light of the major changes that transpired in the post-emancipation period [...] The paradigm does not see the West Indies as part of a world system of capitalism whose overarching reach occasions adaptive and resistant responses on the part of working peoples.²⁷

Como veremos, la óptica del ensayo de Mintz –si bien comparte muchos atributos de la *Plantation School*– es más compleja. La ubicación de las plantaciones del Caribe en los procesos de la modernidad capitalista, la interacción entre plantaciones y campesinados y el acento fuertemente histórico del análisis de Mintz evitan congelar la forma de plantación en “El Caribe...”, aunque no la salvan de otros escollos que se verán más adelante.

“EL CARIBE COMO ÁREA SOCIOCULTURAL”: EL TODO Y LAS PARTES

Según se ha indicado, en “El Caribe...”, Mintz propone nueve rasgos que considera definitorios de la región. Advierte de

²⁶ Riva Berleant-Schiller, “Plantation Society and the Caribbean Present (1): History, Anthropology,” *Plantation Society in the Americas*, vol. 1, no. 3, October 1981, pp. 387-409, a la p. 408.

²⁷ Michaeline Crichlow, “Reply to Jean Besson”, *New West Indian Guide/Nieuwe West-Indische Gids*, vol. 69, no. 3-4, 1995, pp. 305-308.

inmediato que se trata de rasgos que no son exclusivos del Caribe, pero que se encuentran allí en conjunto, a diferencia de otras zonas de América o del mundo. Además, esas nueve características no son un modelo para aplicar a cada una de las sociedades caribeñas, ya que en cada caso sus efectos combinados han sido algo diferentes. En consecuencia, las distintas sociedades del Caribe “pueden ser vistas en términos de un continuo multidimensional, en lugar de un modelo singular abstracto”.²⁸ Veamos detenidamente cada uno de los criterios que propone Mintz.

Una ecología insular, subtropical y de llanura

Este criterio trata sobre un aspecto que algunos estudios históricos del Caribe olvidan: la ecología y el espacio físico.²⁹ La importancia de lo insular en este acercamiento apunta a la intensidad que alcanzaron en las islas del Caribe los procesos históricos que Mintz caracteriza más adelante en su tipología, en particular la plantación esclavista. Las llanuras de las islas fueron el eje de la colonización y el establecimiento de plantaciones. La particularidad climática del Caribe, sin grandes extremos de temperatura, fue importante para facilitar los inicios de la colonización europea y, en particular, porque ofrecía las condiciones idóneas para la siembra de caña de azúcar.³⁰

²⁸ Mintz, “El Caribe...”, p. 6.

²⁹ Pero véase David Watts, *The West Indies: Patterns of Development, Culture and Environmental Change since 1492*. Cambridge, Cambridge University Press, 1987; Reinaldo Funes, *De los bosques a los cañaverales. Una historia ambiental de Cuba 1492-1926*. La Habana, Editorial de las Ciencias Sociales, 2008.

³⁰ En un sentido técnico, Mintz se equivoca al llamarla “subtropical”. En realidad, el archipiélago antillano yace completamente al sur del Trópico de Cáncer (23° 26’), es decir, en los trópicos (excepto por las Bahamas, que a menudo se incluyen en definiciones de la región). Cabe señalar que “subtrópico” es una categoría muy ambigua en la climatología. Entiendo que Mintz caracterizó al Caribe como “subtropical” por tratarse de islas expuestas a corrientes marítimas y del viento que refrescan su temperatura. Además, varias de las Antillas, sobre todo entre las Mayores (Cuba, La Española y Puerto Rico) están cerca del Trópico de Cáncer. La Habana, a los 23° 2’ N, casi lo toca. Mintz siempre buscaba el contraste en sus análisis y no estilaba hacer definiciones ingenuas. Probablemente quería establecer un contraste con las sociedades de África y Asia de ubicación y clima indudablemente tropical y cuya trayectoria en relación con Europa quería distinguir de la del Caribe.

La ecología ideal de la caña es el trópico, por la fuerza y constancia de su luz solar, siempre que se cumplan unas condiciones de precipitación abundante y buen drenaje de suelos.³¹ El carácter insular y la pequeña escala de varias de las islas azucareras (Barbados, Martinica, St. Kitts y Antigua, por ejemplo) implicó la proximidad de muchas de sus plantaciones al transporte marítimo, tan importante para las cargas pesadas que conllevaba el azúcar, al igual que una mayor dificultad para sus esclavos escaparse dentro o fuera de la isla.

Aun en términos de ecología y geografía, se capta de entrada que Mintz no es presa de un concepto homogéneo del Caribe. Él destaca en el título de su primer criterio las tierras de bajura, pero en su contenido señala la topografía elevada de gran parte del archipiélago, inclusive de islas muy pequeñas. Los contrastes topográficos del Caribe marcan el paso de un tema fundamental en el ensayo: la heterogeneidad de los espacios sociales del Caribe y su interacción y conflicto. Estas relaciones se dieron ante todo –lo anticipa Mintz desde este primer criterio– entre las plantaciones y los campesinados de la región. Con su extraordinaria capacidad de síntesis, identifica tres grandes variantes ecológico-sociales en el Caribe:

En las islas más pequeñas y áridas, las plantaciones nunca se desarrollaron; en aquellas pequeñas islas más aptas para la agricultura de plantación, las iniciativas “campesinas” o en pequeña escala usualmente se han sido muy marginales; y en las islas más grandes, esos sistemas agrícolas tan diferentes han competido y coexistido durante la mayor parte de la historia caribeña.³²

De otra parte, se echan de menos en este primer criterio ecológico histórico algunas nociones sobre el mar Caribe mismo como espacio histórico “actuante” o incluso como espacio ecológico.³³ Mintz señala únicamente cómo la conquista del

³¹ En el noreste de Brasil, que ubica entre los 5° y 15° al sur del Ecuador, en pleno trópico, puede haber dos zafras azucareras al año.

³² Mintz, “El Caribe...”, p. 8.

³³ Los arqueólogos que investigan el Caribe antiguo han hecho algunos de los hallazgos más interesantes y han propuesto las conceptualizaciones más innovadoras en torno al espacio marítimo del Caribe y de qué maneras este co-

Caribe dependía del control del mar, por lo que este “jugó un papel significativo en la cultura de los colonos”.

Un rápido exterminio de la población nativa

El contraste entre el Caribe insular y la América Latina continental es uno de los aspectos fundamentales del segundo criterio. El punto de partida de Mintz para establecer esta distinción es lo que él llama la “rápida extinción” (*swift extirpation*, en sus palabras) de la población indígena en las Antillas, un cataclismo demográfico que no se dio con la misma intensidad en el continente –si bien la conquista provocó allí importantes pérdidas demográficas. En su definición del Caribe, Benítez Rojo articuló este criterio como la “desaparición o repliegue del aborigen”.³⁴

nectaba tanto como separaba. Joshua Torres y Reniel Rodríguez Ramos. “The Caribbean: A Continent Divided by Water,” en Basil Reid (ed.), *Archaeology and Geoinformatics: Case Studies from the Caribbean*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2008, pp. 13-29; Mark W. Hauser y Kenneth G. Kelly. “Colonies Without Frontiers: Inter-island Trade in the Eighteenth and Nineteenth Century Caribbean”, en Luis Antonio Curet y Mark W. Hauser (eds.), *Islands at the Crossroads: Migration, Seafaring, and Interaction in the Caribbean*, University of Alabama Press, 2011, pp. 41-46; Reniel Rodríguez Ramos, “What is the Caribbean? An Archaeological Perspective”, *Journal of Caribbean Archaeology*, Special Publications #3, 2010, pp. 19-51 y *Rethinking Puerto Rican Precolonial History*, University of Alabama Press, 2010; Scott M. Fitzpatrick, “Seafaring Capabilities in the Pre-Columbian Caribbean,” *Journal of Maritime Archaeology*, vol. 8, no. 1, June 2013, pp. 101-138; Richard T. Callaghan, “Patterns of Contact Between the Islands of the Caribbean and the Surrounding Mainland as a Navigation Problem”, en Curet y Hauser, *op. cit.*, pp. 59-72.

³⁴ Benítez Rojo, *op. cit.*, p. 52. La investigación histórica continúa poniendo en tela de juicio nociones tajantes sobre un supuesto exterminio indígena en el Caribe. Tony Castanha, *The Myth of Indigenous Caribbean Extinction: Continuity and Reclamation in Borikén (Puerto Rico)*. New York, Palgrave/Macmillan, 2011; Maximilian Forte, *Indigenous Resurgence in the Contemporary Caribbean: Amerindian Survival and Revival*. New York, Peter Lang, 2006. Pero no cabe duda de los efectos catastróficos de la Conquista, específicamente en las Antillas Mayores y parte de las Menores. Para un análisis de la evidencia, véase Frank Moya Pons, “La población taína y su desaparición”, en Consuelo Naranjo, directora, *Historia de las Antillas*, vol. II, Frank Moya Pons (ed.), *Historia de la República Dominicana*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Academia Dominicana de La Historia, Ediciones Doce Calles, 2010, pp. 19-27; Massimo Livi-Bacci, “The Depopulation of Hispanic America after the Conquest”, *Population and Development Review*,

Ciertamente, el concepto de “extinción” (o *extirpation*) puede ser exagerado. La evidencia demuestra que la población indígena de las Antillas no desapareció. Sin embargo, sus instituciones y estructuras sociales y políticas sí quedaron devastadas y en la mayoría de las Antillas los efectos de la conquista fueron mucho más terminantes que en América Latina continental. Allí, tras un fuerte declive demográfico por motivo de la conquista española, se mantuvieron o reestablecieron tierras comunales, estructuras de gobierno aldeanas y otras formas sociales indígenas.³⁵ Lo que es fundamental para el argumento de Mintz es la comparación con el continente, la diferencia en intensidad en el golpe demográfico, y el que ello contribuyera a formar en el Caribe junto a otras coordenadas (en buena parte derivadas de la nuda realidad demográfica) unas sociedades muy diferentes de las del continente.³⁶ Benítez Rojo retoma este punto en *La isla que se repite*:

El cuadro colonial del Caribe presentó diferencias sustanciales con relación al esquema predominante en los territorios continentales, sobre todo en los grandes virreinos de la Nueva España y el Perú. Estas diferencias surgieron en el proceso de adaptación colonial del poder metropolitano a condiciones geográficas, demográficas, económicas, sociales y culturales que ejercían su acción de manera específica en el área insular del Caribe y, en menor grado, en la angosta zona costera de Tierra Firme. Quiero decir con esto que el Caribe ibérico es parte de América Latina, pero también parte de una región considerablemente más compleja caracterizada por su importancia comercial y militar, por el pluralismo lingüístico y ecológico, y por el carácter repetitivo de la Plantación.³⁷

vol. 32, no. 2, June 2006, pp. 199-232. Claro está, el punto esencial es la diferencia entre las Antillas y la mayoría del continente latinoamericano.

³⁵ Moya Pons, *op. cit.*, pp. 19-27; Massimo Livi-Bacci, *op. cit.*

³⁶ Benítez Rojo, *op. cit.*, p. 58.

³⁷ *Ibid.*, p. 58. El caso de Norteamérica es más complejo y varía por regiones y épocas; en la costa noreste de los EEUU, las consecuencias fueron tan rápidas y terminantes como en las Antillas, en cambio, el suroeste y oeste el proceso fue más largo e intrincado. Bradford J. Wood y Bernard Bailyn, *The Barbarous Years: The Peopling of British North America: The Conflict of Civilizations, 1600-1675*. New York, Alfred A. Knopf, 2012; Walter L. Hixson, *American Settler Colonial-*

De otra parte, Mintz subraya el contraste entre el Caribe y las sociedades coloniales de África y Asia. En estos continentes, el colonialismo se inició mayormente en fecha más reciente –generalmente mediados o fines del siglo XIX– y se extendió por menos tiempo, generalmente hasta mediados del siglo XX. Una presencia europea profunda y un colonialismo longevo trazan, en la conceptualización de Mintz, un Caribe como espacio histórico específico. En fin, la segunda característica del Caribe sociocultural remite, de una parte, al colonialismo europeo temprano del siglo XVI y sus diferencias del continente latinoamericano; y de otra, al colonialismo tardío del siglo XIX y XX, donde las diferencias entre el Caribe colonial y las colonias europeas en África y Asia son igualmente importantes. Ciertamente, como Mintz no se cansaba de repetir, el colonialismo no es monolítico.

Un capitalismo agrario basado en la caña de azúcar, africanos esclavizados y plantaciones

Este criterio, junto a los próximos tres que Mintz propone –estructuras sociales bipolares, la interacción plantaciones-campesinos y las introducciones masivas de trabajadores– podrían verse en conjunto ya que configuran la estructura cardinal de organización económica y social que él plantea para la historia del Caribe: la plantación.³⁸ Por la complejidad de esos criterios, sin embargo, es preferible discutirlos por separado. De hecho, este tercer criterio –el capitalismo agrario azucarero– es de por sí complejo.

El capitalismo agrario que se fraguó en el Caribe a partir de mediados del siglo XVI, conjugó tres elementos que no

ism: A History. New York, Palgrave Macmillan US, 2013; Roxanne Dunbar-Ortiz, *An Indigenous Peoples' History of the United States*. Boston, Beacon Press, 2014.

³⁸ Edgar T. Thompson, Sidney W. Mintz, and George Baca, *The Plantation*. Columbia, University of South Carolina Press, 2010. Para análisis y reenfoques recientes, véase Dale Tomich, *Rethinking the Plantation: Histories, Anthropologies and Archaeologies*. Binghamton, N.Y. Center, 2011; Michaeline Crichlow y Patricia Northover. *Globalization and the Post-Creole Imagination: Notes on Fleeing the Plantation*. Duke University Press, 2009; James A. Delle, *The Colonial Caribbean: Landscapes of Power in Jamaica's Plantation System*. Cambridge University Press, 2014.

habían coincidido en otros contextos: la plantación como organización económica integrada, sistemática y de mando centralizado; el cultivo de la caña de azúcar, que en condiciones propicias producía grandes ganancias y aseguraba el margen de lucro que justificaba la alta inversión en la fuerza de trabajo y la planta industrial; y la esclavitud como modo de asegurar una fuerza trabajadora en condiciones donde de otra forma no existiría (en general, la abundancia de tierras) y cuya trata era una actividad tan o más lucrativa que la producción azucarera misma. El precedente más completo para el Caribe como economía de plantación se desarrolló en la isla de São Tomé en el golfo de Guinea, a partir de las primeras décadas del siglo XVI³⁹, y de manera paralela a las primeras plantaciones en el Caribe, en La Española y Puerto Rico.⁴⁰ La producción azucarera de Madeira, que tuvo su auge en la segunda mitad del siglo XV, se había fundamentado en pequeños y medianos productores; la de Canarias, que alcanzó su mayor importancia algunas décadas después, en guanches esclavizados de las propias islas.⁴¹

³⁹ Izequiel Batista de Sousa, *Sao Tomé et Príncipe de 1485 à 1755, une société coloniale: du blanc au noir*. Paris: L'Harmattan, 2008; Robert Garfield, *A History of São Tomé Island, 1470-1655: The Key to Guinea*, San Francisco, Mellen Research University Press, 1992. Sin embargo, un estudio propone que el modelo de isla-plantación aún no se daba en São Tomé: "While São Tomé is often portrayed as the prototypical Atlantic 'sugar island,' its enslaved population has been described as 'self-sufficient' during the early sixteenth century, due to their cultivation of yams, maize, wheat, sorghum, and taro, and their labor on pig farms." David Wheat, "The Afro-Portuguese Maritime World and the Foundations of Spanish Caribbean Society, 1570-1640," Tesis doctoral inédita, Vanderbilt University, 2009, p. 129.

⁴⁰ Francisco Moscoso, *Agricultura y sociedad en Puerto Rico, siglos 16 al 18: un acercamiento desde la historia*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1999; José Antonio Piqueras, "Islas de azúcar y de esclavos", en Consuelo Naranjo, directora, *Historia de las Antillas*, Vol. V, José Antonio Piqueras (coord.), *Historia comparada de las Antillas*. Madrid, Ediciones Doce Calles, 2014, pp. 97-144.

⁴¹ Alberto Vieira, "Sugar Islands: The Sugar Economy of Madeira and the Canaries, 1450-1650," en Stuart Schwartz (ed.), *Tropical Babels: Sugar and the making of the Atlantic world, 1450-1680*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2004, pp. 42-84; J. H. Galloway, *The Sugar Cane Industry: An Historical Geography from its Origins to 1914*. New York, Cambridge University Press, 1989; Mintz, *Dulzura y poder: el lugar del azúcar en la historia moderna*, México, Siglo XXI, 1996, capítulo 2.

Al menos hasta fines del siglo XIX todas las formas de trabajo en el azúcar antillano fueron de carácter coercionado. En la gran mayoría de los casos –Puerto Rico es la principal excepción– tuvieron como corolario otro de los criterios que señala Mintz: la importación masiva de mano de obra en olas sucesivas y heterogéneas. Sin embargo, como enfatiza en su análisis histórico, la esclavitud no surgió y se extinguió en el Caribe de manera desarraigada y singular, sino en conexión histórica y explicable con la sucesión general de formas de trabajo del Caribe.

Con un ojo puesto en la vida material, Mintz delinea así la estructura económica social del Caribe. Benítez Rojo diría la *máquina*, recordando que la plantación era para él la máquina por excelencia. Obsérvese, sin embargo, que las condiciones que acompañan al capitalismo agrario fraguado en el Caribe desbordan sus confines; por eso el concepto de “máquina” resulta restrictivo y es menester discutir separadamente las condiciones necesarias de la plantación en los próximos tres criterios.

La época de la producción azucarera esclavista en el Caribe hispano duró solo algunas décadas, desde 1530 hasta 1580.⁴² Fue más de medio siglo después, y en las islas inglesas y francesas, que esa configuración tendría un nuevo auge, ahora de forma novel –particularmente una organización de la plantación más dinámica y una escala de producción mucho mayor. El Caribe hispano, en cambio, siguió otra ruta –aunque siempre en interacción con las vecinas islas inglesas y francesas– cuyo eje fue la producción campesina libre, una población dispersa y un cada vez más activo contrabando. No fue sino hasta fines del XVIII en Cuba (y sólo en las regiones de La Habana y Trinidad) y a partir de los 1820 en Puerto Rico que se desarrolló la plantación esclavista de forma significativa. Este Caribe –fundamentalmente el Caribe hispano– está presente en “El Caribe...” y eso es una de las aportaciones importantes del ensayo. También hay que decir, sin embargo, que las formas históricas del Caribe hispano aparecen en “The Caribbean...” solo de manera supeditada a la plantación.

La presencia integral del Caribe hispano en la conceptualización de Mintz se facilita, de un lado, por la configuración geográfica-ecológica que él le ha dado al Caribe en su

⁴² Moscoso, *op. cit.*; Piqueras, *op. cit.*

definición y, el otro porque siempre reconoce que hubo en el Caribe otros cultivos y otras formas de trabajo asociadas a la misma, desde campesinos libres (en el tabaco, por ejemplo, en las Antillas inglesas tempranas) hasta trabajadores esclavizados o *indentured* al principio y hacia el final de la época azucarera de las Antillas inglesas.

Unas estructuras sociales bipolares sustentadas por el colonialismo, el latifundismo y el racismo

El régimen de plantaciones no existía en un vacío, y para mantenerlo y reproducirlo de modo bipolar se requería de un medioambiente social y político específico. Mintz entra aquí a un territorio que había sido trabajado más en la antropología de la época, aunque muchas veces de modo apologético. En tono mesurado pero inequívoco, Mintz señala el colonialismo (“el dominio ultramarino”), el monopolio territorial y político en manos de unas elites (“el acceso pronunciadamente desigual a la tierra, riqueza y poder político”) y el racismo (“el uso de diferencias físicas como indicadores de estatus”). Las “estructuras bipolares” que señala con las perspectivas ya reconocidas desde la década de 1950 que desarrollaron Rudolf Van Lier, Michael G. Smith, Raymond Smith y otros.⁴³ Las mismas remitían al marco conceptual de *plural society* en la obra de John S. Furnivall en torno a Malasia, también, por supuesto, *locus classicus* de plantaciones y colonialismo.⁴⁴ Harry Hoetink, cuyo modelo de dos variantes en las relaciones raciales caribeñas descansaba en una estructura afín a la de sociedad plural, aclaraba que “solo lo veía como una herramienta para analizar el desarrollo *histórico* de sociedades que *inicialmente* estaban divididas racial y culturalmente”.⁴⁵

En su origen en el sudeste asiático, el concepto de “so-

⁴³ Sobre la obra de Michael G. Smith en torno a *plural society*, ver ante, pp. 5-7.

⁴⁴ Véase Raymond T. Smith, “Social Stratification in the Caribbean”, reimpreso en Leonard Plotnicov y Arthur Tuden (eds.), *Essays in Comparative Social Stratifications*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1970, pp. 43-76.

⁴⁵ Harry Hoetink, *The Two Variants in Caribbean Race Relations: A Contribution to the Sociology of Segmented Societies*. Oxford, Publicado para el Institute of Race Relations por Oxford University Press, p. xi (énfasis en el original).

ciudad plural” era uno crítico de la política colonial prevaleciente de su época y tenía un carácter reformista y aún radical. Furnivall, en particular, veía el diagnóstico de “sociedad plural” como una crítica hacia el impacto del colonialismo en las sociedades del sudeste asiático, y un reclamo de que la receta de mayor occidentalización no resolvería. Más bien era necesario un periodo de “autonomía” en el cual el sector “tradicional” de la sociedad colonial pudiera reconstruirse para que, a partir de ello, se reconstruyera la economía y la sociedad nacional.

El modelo desarrollado por Furnivall se fundamentó en sus experiencias como funcionario colonial en materia de propiedad territorial y sus investigaciones en Burma y luego en Indonesia (entonces conocida en inglés como “Netherlands India”), donde se familiarizó con la obra de J. H. Boeke.⁴⁶ Luego, Van Lier aplicó el modelo de Furnivall a la colonia holandesa de Surinam, donde irónicamente había decenas de miles de trabajadores esclavizados (*indentured*) oriundos de Indonesia.⁴⁷ Él fue el primer científico social en ensayar un planteamiento teórico general sobre los rasgos estructurales en común de las sociedades caribeñas.⁴⁸ Pero al trasladarse a la región caribeña, sin embargo, el mo-

⁴⁶ A Furnivall le interesó mucho el sureste asiático holandés, tanto así que luego de retirarse del gobierno estudió administración colonial durante dos años en Leiden, Holanda. Se inspiró en los trabajos de Julius H. Boeke sobre “economía dual” en la colonia holandesa de Indonesia, publicados en holandés desde 1930 y traducidos al inglés en 1942. Julius H. Boeke, *The Structure of Netherlands Indian Economy*. New York, International Secretariat, Institute of Pacific Relations, 1942.

⁴⁷ Van Lier, *The Development and Nature of Society in West Indies*, *op. cit.*

⁴⁸ Un ángulo no explorado en los estudios sobre sociedad plural es la relación de este concepto con la “pilarización” (o soberanía sobre esferas, *sphere sovereignty*) en Holanda y Bélgica, concepto vernáculo de separación o segregación político-denominacional en “pilares” de esas sociedades, que está enraizado en diferencias religiosas y lingüísticas (en Bélgica, entre valones y flamencos; en Holanda, entre católicos y protestantes) y que por siglos fue un principio ordenador de la vida social, cultural y política de esos países. Hay que preguntarse en qué medida un estudioso como Boeke, que origina el concepto de sociedad plural, reflejó en su análisis de una sociedad colonial la problemática de su propio país. Los recientes ataques terroristas en Bruselas y la participación de radicales islámicos en los mismos ha puesto en tela de juicio la estructura “pilarizada” del estado, de la administración pública e incluso de los servicios policíacos de Bélgica. “Rattled by Attacks, Many Belgians Still Want Nation Split in Two”, *New York Times*, 7 de abril de 2016.

delo pasó de ser uno económico, con raíces en la propia irrupción colonialista, a uno cultural con premisas un tanto ahistóricas, un carácter estático y abstracto y una incapacidad de contemplar el conflicto y el cambio social.⁴⁹ Mintz invirtió las premisas críticas de *plural society*, pues la misma abstracción que permitía aplicar el modelo a cualquier sociedad estratificada por razas también limitaba drásticamente su análisis.

[T]he fundamental questions raised by the concept of the plural society do not appear to be significantly different from those addressed in the study of any complex stratified society, Caribbean or other. [...] Perhaps the important fact in the case of Caribbean societies is not whether the “plural society” concept fits them, but whether the specific economic and historical experiences that endowed them with their ethnic and racial heterogeneity, and the particular systems of power which order the relationships among their component groups over time, and at present, can explain their particular sociological character.⁵⁰

La interacción plantaciones-campesinos

En este inciso, Mintz discute una “interacción continua” entre las plantaciones y la agricultura campesina a pequeña escala, “con los efectos socioestructurales que la acompañan”.⁵¹ Otras partes de su obra tienen una discusión más pormenorizada del tema.⁵² En lo que concierne a la relación directa entre campesinos y plantaciones, Mintz esta-

⁴⁹ Malcolm Cross, “Cultural Pluralism and Sociological Theory: A Critique and Re-evaluation,” *Social and Economic Studies*, vol. 17, no. 4, December 1968, pp. 381-397. Pero el “error” original aparenta haber sido de Van Lier. Mintz cita sobre este punto a Raymond Smith, que captó correctamente la secuencia (y virajes) de Boeke, Furnivall, Van Lier y Michael G. Smith. Véase Sidney W. Mintz, “The Caribbean Region”, *Daedalus*, vol. 103, no. 2, Spring 1974, p. 54.

⁵⁰ Mintz, “The Caribbean Region”, p. 54.

⁵¹ Mintz, “El Caribe...”, p. 6.

⁵² Véase en particular, *Caribbean Transformations*, *op. cit.*, cap. 5, “The Origins of Reconstituted Peasantries”. De hecho, Mintz extrae la sustancia de esta sección de un artículo suyo, “The Question of Caribbean Peasantries,” *Caribbean Studies*. vol. 1, no. 3, October 1961, pp. 31-34. Véase además “From Plantations to Peasantries in the Caribbean”, en Mintz y Price, *Caribbean Contours*, pp. 127-153.

blece dos variantes o “contextos”. Primero, un campesinado previo a la plantación (*yeoman peasantry*). Este campesinado fue virtualmente suprimido por el desarrollo del régimen de plantaciones: aquí incluye al campesinado del Caribe hispano como parte de un proceso general. El desplazamiento del campesinado del Caribe hispano por las plantaciones solo habría sido más prolongado (de hecho, mucho más prolongado) que el proceso comparable en las Antillas inglesas y francesas. Segundo, un “protocampesinado” que evolucionó bajo la esclavitud, en casos donde “circunstancias particulares” obligaron al régimen de plantaciones a permitirles autoabastecerse y vender excedente, facilitando así una acumulación de ganancias.

En el análisis de Mintz, tanto los *yeomen* como los protocampesinos del Caribe son “campesinados reconstituidos” (*reconstituted peasantries*). Los llamaba “reconstituidos” porque se había reconfigurado en el propio Caribe. No fue un campesinado que evolucionara “naturalmente” del pasado indígena;⁵³ y carecía de la profundidad centenaria o milenaria de los campesinos autóctonos de otras sociedades; y se había desarrollado generalmente por oposición al régimen de plantaciones (Wagley, en cambio, subrayaba las afinidades del campesinado de *Plantation America* con el europeo).⁵⁴ En el Caribe, la adaptación campesina era una “artificial”, “en el sentido de que no se trataba de campesinados autóctonos sobre los cuales el sistema de plantación se hubiese implantado”.⁵⁵ Aparte de los *yeomen* y los protocampesinos, los otros dos subtipos de “campesinados reconstituidos” en la conceptualización de Mintz son los ocupantes sin título en la serranía (*squatters* o *highland peasants*) y los campesinos fugitivos (*runaway peasants*), es decir, los esclavos cimarrones.

⁵³ Mintz, “From Plantations to Peasantries”, p. 136.

⁵⁴ Mintz utiliza la categoría de “reconstituted peasant adaptations” hacia el final del artículo, p. 932. A mediados de los años 1960 cuando escribe “El Caribe...”, caracterizaba las relaciones campesinas como una “adaptación”. El concepto de “adaptación” que origina en la ecología cultural, puede sugerir una influencia unilateral de los entornos sobre los grupos humanos, aunque no necesariamente. Eric Wolf, “Alfred L. Kroeber” en Sydel Silverman (ed.). *Totems and Teachers: Key Figures in the History of Anthropology*. 2nd Ed., Walnut Creek, Altamira Press / Lanham, Rowman & Littlefield, Cop., 2004, pp. 38-39.

⁵⁵ Mintz, “El Caribe...”, p. 18.

Mintz dedica poca atención al campesinado más antiguo en las Antillas hispanas, que dentro de sus categorías eran los *squatters* o *highland peasants*. Estos son clave para su argumento, pero la documentación histórica disponible (y, yo diría, la propia la tradición académica angloamericana) no facilitaba su estudio. Mintz aborda el proceso de modo muy general: “En las Antillas hispánicas, el resurgimiento de la plantación a fines del siglo XVIII y la legislación laboral represiva que lo acompañó tuvo el efecto de socavar a las adaptaciones campesinas y a los ocupantes sin título de la altura.”⁵⁶



Mintz en una siembra en las montañas, Jamaica, 1957.
Colección privada de Sidney y Jacqueline Mintz.

Al destacar el rol de los campesinos y sus interacciones duraderas con las plantaciones, Mintz demarcó un importante apartado en la literatura sobre el tema, tanto a nivel del Caribe como mundial. De hecho, esa conceptualización representó un viraje con respecto a sus propios trabajos previos sobre el tema de las plantaciones, incluyendo el célebre artículo que escribió con Eric Wolf el cual se difundió ampliamente en español bajo el título de “Haciendas y plantaciones en Mesoamérica y

⁵⁶ *Ibid.*, p. 19.

las Antillas”.⁵⁷ Sin duda, la experiencia etnográfica de Mintz en Jamaica y Haití influyó en este cambio, pues en esos países convivió en localidades de carácter campesino. Su experiencia en Puerto Rico, en cambio, había sido en una comunidad de trabajadores asalariados.⁵⁸



Taso y su familia junto a Mintz, Barrio Jauca, Santa Isabel, Puerto Rico, 1948, Colección privada de Sidney y Jacqueline Mintz.

Mintz dio así un salto conceptual que ningún estudioso de los regímenes de plantaciones había dado en trabajos posteriores a “El Caribe...” incluso extiende ese concepto hasta el interior

⁵⁷ Wolf y Mintz, “Haciendas and Plantations...”. Fue traducido como Eric R. Wolf y Sidney W. Mintz, “Haciendas y plantaciones en Mesoamérica y las Antillas”, en Enrique Florescano (coord.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. México, Siglo XXI, 1975, pp. 493-531. El viraje ya era perceptible en un artículo de Mintz de 1961 titulado “The Question of Caribbean Peasantries: a Comment”, *op. cit.* Mintz revisó ese artículo más adelante en “The Origins of Reconstituted Peasantries”, en *Caribbean Transformations*. Chicago, Aldine Pub. Co., 1974, pp. 146-156.

⁵⁸ Como se indicó antes, las otras características de la “América de plantaciones”, según Wagley, son el sistema de plantación y monocultivo; rígidas divisiones de clase; sociedades multiraciales; una débil estructura comunitaria; una organización familiar matrifocal y un predominio de uniones consensuales. Véase ante, p. 10.

de la propia plantación esclavista con la categoría de “esclavos protocampesinos” (*slave proto-peasants*), un concepto que tendría una larga trayectoria en los estudios de la esclavitud.⁵⁹

Wagley se había aproximado a la perspectiva que Mintz esboza al proponer la existencia de un campesinado como una de las dimensiones fundamentales de *Plantation America*. Sin embargo, al colocar el componente campesino junto al *Plantation America*, ubicado dentro de ese espacio, su célebre texto refleja una conceptualización incompleta de la interacción entre plantaciones y campesinos y entre formas sociales agrarias en general. El contraste entre el manejo que hace Wagley de la cuestión del campesinado y el que hace Mintz ejemplifica las diferencias entre ambas perspectivas –y quizá entre ambas generaciones– a la vez que capta el salto metodológico que dio Mintz, y que dieron otros en su campo, en la década de los 1960.

El replanteamiento de Mintz en cuanto a la relación esclavitud/campesinados, en plena evolución de su pensamiento a fines de los 1960, fue más profundo que sus propuestas sobre el campesinado del Caribe hispano, las cuales permanecieron muy similares a su formulación original a principios de esa década. Mintz había dado un paso importante al reconocer la existencia de un campesinado en el Caribe hispano, pero su perspectiva reflejaba ciertas dificultades. Primero, a la corta o a la larga, el énfasis en “adaptación” y sobre todo el llamarlo un campesinado “artificial” acaba caracterizando al Caribe hispano de los siglos XVII y XVIII en términos de la ausencia de la plantación, o de una interacción entre campesinos y plantaciones donde no puede faltar la plantación, y no en términos de una presencia afirmativa de ciertas relaciones sociales históricas propias.

Segundo, Mintz ve la interacción como una dentro de cada isla, y no entre ellas (por ejemplo, mediante el contrabando); o aun dentro de ellas en el caso de una isla dividida como La Española.⁶⁰ Esta es una ausencia importante en el artículo,

⁵⁹ Ira Berlin, *Many Thousands Gone: The First Two Centuries of Slavery in North America*, Cambridge, Harvard University Press, 1998, especialmente el capítulo 1; Ira Berlin y Phillip Morgan, *Cultivation and Culture...*

⁶⁰ Juan A. Giusti Cordero, “Sugar and Livestock: Contraband Networks in Hispaniola and the Continental Caribbean in the Eighteenth Century”, *Revista Brasileira do Caribe*, vol. 15, no. 29, julio-diciembre, 2014, pp. 13-41.

aunque debe verse a la luz del estado de la investigación histórica en las propias Antillas hispanas con relación a los siglos XVII y XVIII y a un afán de modernidad entre nuestros propios historiadores que relegaban al olvido toda la historia insular entre la Conquista y la Cédula de Gracias.

Tercero, el concepto de protocampesinado es muy general y abarca una variedad de tipos históricos demasiado amplia. Cuarto, el cuestionamiento de la categoría debe llevarse hasta su construcción misma, pues el concepto de “protocampesinado no es más satisfactorio como categoría que semiproletario u otras categoría prefijadas por “cuasi-” o “pre-” que Mintz descarta en otras partes de su obra.

Sucesivas introducciones masivas de trabajadores

La introducción masiva en oleadas sucesivas de trabajadores para hacer los trabajos más duros y peor pagos –una situación que los plantadores representaban siempre como “escasez de mano de obra”– fue en casi todo el Caribe, en mayor o menor grado, un corolario inseparable de la economía de plantación. Invariablemente se daba en un contexto de coerción. Después de una primera época, las oleadas sucesivas de trabajadores llegaban a sociedades constituidas ya de forma bipolar. Por ende, “las oportunidades de ascenso económico, social y político eran extremadamente limitadas”⁶¹, las posibilidades de coalescencia entre grupos étnicos nuevos y los anteriores eran reducidas y los procesos de aculturación se deceleraron. Este proceso se dio en toda su complejidad en las Antillas inglesas y francesas donde hubo migraciones importantes de trabajadores contratados o escriturados.

Tras la abolición de la esclavitud, Cuba importó, mayormente a Oriente, centenares de miles de trabajadores chinos y luego trabajadores estacionales de Haití y las Antillas inglesas.⁶² La ubicación de Panamá en el Caribe quedó subrayada por su importación de centenares de miles de antillanos para la construcción del Canal (con tasas de mortandad

⁶¹ Mintz, “El Caribe...”, p. 6.

⁶² Jorge Giovannetti, “Migraciones en las Antillas: episodios de transteritorialidad, 1791-1938”, en Piqueras, *Historia comparada de las Antillas...*

comparables a la esclavitud antillana). En cambio, Puerto Rico y Santo Domingo no conocieron una verdadera sucesión étnica laboral de trabajadores importados, más allá de la trata de esclavos y, en el caso de Santo Domingo, las migraciones de haitianos. De hecho, Puerto Rico experimentó corrientes de emigración desde las que se dieron a Hawái y luego Santo Domingo, a principios del siglo XX. Las migraciones internas masivas de trabajadores en Puerto Rico de zonas del interior a la costa para la zafra azucarera –que transformaron la demografía insular en las primeras décadas del siglo XX y fueron la antesala de la emigración también masiva a los EEUU en los 1940 y 1950– cobran un nuevo sentido cuando se consideran sobre el trasfondo de las masivas migraciones intracaribeñas y desde Asia (y aun África) al final del periodo de la esclavitud y posteriormente. De nuevo vemos cómo el Caribe hispano se ubica en los procesos amplios del Caribe, pero “a su manera”, para citar nuevamente a Benítez Rojo. La sucesión de grupos trabajadores importados tuvo su máxima expresión en el Caribe en Trinidad-Tobago y las Guayanas, donde aparte de los europeos y una población afrodescendiente que originalmente era mayoritaria, se importaron trabajadores de India, China y Java que constituyeron, hasta el día de hoy, segmentos considerables de la población: la mayoría de la población de Guayana es de ascendencia india y en Trinidad y Tobago los afrodescendientes y los indodescendientes representan proporciones casi iguales de la población.

La sucesión de importaciones masivas de trabajadores ocupa, como criterio, un lugar estratégico en el argumento de Mintz. La “sucesión étnica y agregación” dificultó los procesos de estabilización demográfica y cultural (o de “criollización” en sentido amplio) que hubiesen facilitado el desarrollo de sociedades menos polarizadas y de alguna forma de identidad nacional. Junto con lo tardío del desarrollo de la esclavitud de plantaciones (excepción hecha del período azucarero del siglo XVI en La Española y Puerto Rico), la sucesión étnica traza la demarcación fundamental entre las Antillas hispanas y noreuropeas. Los segmentos que propone la sociedad plural se fundamentan, correcta o incorrectamente, en las divisiones que fomentaron esas migraciones sucesivas y las diferencias culturales entre los grupos. Mintz, en cambio, interesa propo-

ner una polaridad más afín a la de clase social⁶³ que se monta principalmente sobre la estructura de la plantación.

La ausencia de una ideología de identidad nacional aculturadora

Este es uno de los criterios más complejos que presenta Mintz en el ensayo. Aquí engloba cuatro procesos históricos que conectan tanto con todos los criterios anteriores del ensayo como con los últimos dos, fundamentalmente para historizarlos más, y bajo la sombrilla de la identidad nacional pero con consecuencias que no se limitan a ella.

Este séptimo inciso parece repetitivo y algo confuso, pero en realidad no se trata de un criterio como los primeros seis. Más bien recoge y sintetiza el análisis histórico que subyace al ensayo y que moviliza los criterios sociohistóricos que ocupan el resto del trabajo. El título de esta sección confunde un tanto (como también sucede en el primero de los nueve criterios), pues bajo el acápite de “La ausencia de identidad nacional aculturadora” se presentan tanto las sociedades caribeñas donde estuvo ausente una “ideología de identidad nacional aculturadora” como aquellas donde sí se desarrolló esa identidad.

Mintz entra al análisis de identidad nacional con cautela. Enfatiza lo “extremadamente difícil” que es definir “identidad nacional” y no se aventura a definir y aquilatar las distintas identidades nacionales en el Caribe. La dificultad que presenta el definir la identidad nacional surge “porque los valores que conlleva rara vez están plenamente articulados y porque distintos sectores de una población nacional a menudo hacen usos simbólicos diferentes (aunque concordantes) de la cultura.”⁶⁴ Su “definición” es más bien tautológica:

un sentido subjetivo y compartido de pertenencia al estado nación y de considerarlo como de uno propio.

⁶³ En esto está de acuerdo con Wagley, quien proponía la existencia de líneas de clase rígidas y estructuras comunitarias débiles como dos de las características de la “América de las plantaciones”.

⁶⁴ Mintz, “El Caribe...”, p. 25.

[...] Los habitantes de una sociedad caribeña, en otras palabras, tienen una identidad nacional en la medida en que sienten que forman parte de un ente separado e independiente.⁶⁵

Es decir, una población tiene una identidad nacional en la medida en que “se sienten formar parte de un ente separado e independiente”, es decir, en la medida en que ha desarrollado una identidad nacional! Mintz enfoca los resultados del desarrollo de una identidad nacional y las aparentes condiciones de esos resultados, y no el fenómeno en sí. Sabe cuándo existe pero no lo que es. Su aproximación es menos conceptual que práctica o aun instrumental. O es conceptual a su manera, pero no deja de ser efectiva: cómo la existencia de una identidad nacional facilita una aculturación exitosa de nuevos grupos inmigrantes, inclusive trabajadores coercionados.

En este punto Mintz gira de lleno hacia el Caribe hispano, pues la condición fundamental para la existencia de una identidad nacional es, según él, la existencia de un tipo de cultura criolla (es decir, de nuevo tautológicamente, la existencia de una identidad nacional). El ejemplo en el Caribe son los territorios hispanos:

Por consiguiente, el surgimiento inicial de una cultura e ideología nacional en las sociedades del Caribe aparenta haber dependido en gran medida de las posibilidades de crecimiento de un grupo “criollo” (esto es, de origen en el Viejo Mundo, pero nacido en el Nuevo) cuyas identidades primordiales radicaban en la nueva sociedad, en lugar de sus culturas ancestrales de origen. Dicha estabilización criolla ocurrió de forma más clara en el Caribe hispano, donde los colonizadores llegaron para quedarse y, pronto, unos criollos puertorriqueños, cubanos, y dominicanos – en marcado contraste con los españoles o peninsulares– comenzaron a crear culturas insulares genuinas.⁶⁶

La condición principal para el surgimiento de una identidad nacional en el Caribe hispano fue una “estabilización

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 24-25.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 25-26.

criolla”. La misma permitió el que una cultura criolla, si bien “sencilla” pudo “aculturar” a los trabajadores importados, aun tratándose de esclavos o trabajadores escriturados. Los cuatro procesos que, según Mintz, subyacen las posibilidades de desarrollo de una identidad nacional –mediante una “estabilización criolla”– son los siguientes:

- (a) los procesos de sucesión étnica y de agregación
- (b) los ciclos de plantación
- (c) la duración e intensidad desigual del colonialismo (incluyendo el estadounidense) en los distintos territorios
- (d) los patrones culturales de los poderes metropolitanos, que “de ninguna manera tuvieron el mismo impacto sobre sus respectivas colonias”.⁶⁷

Los primeros dos procesos conectan el ciclo caribeño de formación y declive de las economías de plantación en el Caribe con la sucesión de importaciones de trabajadores de distintos grupos étnicos.⁶⁸ Los procesos tercero y cuarto enfocan las particularidades del dominio colonial. Mintz con razón destaca la importancia de precisar, para cada isla, cómo ocurrieron estos procesos.

El autor explica la “estabilización criolla” en función de que los colonos españoles se quedaron, generando así una fusión con las culturas africanas y amerindias, en las cuales los tres componentes se dieron en mezclas originales. De esta manera se generó en las Antillas hispanas una cultura (“adaptación cultural”) sencilla, de frontera, pero efectiva como matriz de aculturación para los que llegaron en el futuro:

⁶⁷ *Ibid.*, p. 24.

⁶⁸ Decir que estos procesos se “repiten”, como proponía Benítez Rojo dentro de un argumento enmarcado en la teoría del caos, deja a un lado demasiada historia. Así lo reconoce el propio Benítez Rojo en otro de sus ensayos en la colección *La isla que se repite* (capítulo 1) que dedica a la formación de la sociedad criolla en Cuba en Oriente, como parte de un abigarrado contexto de plantaciones, esclavitud y contrabando en el Paso de los Vientos entre Cuba, Santo Domingo/Saint Domingue y Jamaica.

Las descripciones de las sociedades cubanas y puertorriqueñas en el siglo XVIII, por ejemplo, dejan claro que las culturas nacionales de estas islas, cada una con su sabor especial, habían surgido con fuerza.⁶⁹

Por qué los colonos permanecieron en las Antillas hispanas, por qué se mezclaron más con indígenas y africanos, y cuan integral fue esa “fusión” queda por explicar. Mintz considera que estos procesos son paralelos, poseen un peso desigual y presentan importantes variantes locales. A base de ellos, perfila el contraste entre el Caribe hispano, francés, inglés y holandés: “El Caribe británico y holandés, en fuerte contraste con el Caribe hispano, carecía de todas aquellas fuerzas de mayor importancia en el desarrollo de nuevas identidades culturales en las islas.”⁷⁰

Al discutir las diferencias en el impacto metropolitano, Mintz parece dar un viraje de 180° para presentar –tácita y negativamente, hay que decir– una lista de diferencias “culturales” y políticas entre las Antillas. Las agrupa en tres variantes: las sociedades antillanas hispanas; las francesas; las inglesas y holandesas.⁷¹ Pero precisamente eran las diferencias “culturales” y políticas las que Mintz no había resaltado hasta ahora en “El Caribe...”, por entender que presentaban una visión fragmentada del Caribe que obviaba sus elementos socioculturales o societales en común. Dije que la lista aparece de forma tácita y negativa porque Mintz la presenta así mismo, no al discutir las Antillas hispanas sino al diferenciar de estas al Caribe francés, inglés y holandés. Así, con respecto al Caribe francés, Mintz asevera (en otro gran ejercicio de síntesis):

⁶⁹ Mintz, “El Caribe...”, p. 26.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 27. Las danesas se incluyen en el grupo de las noreuropeas; quedan implícitas por lo limitado de su alcance, con solo una isla plantación de alguna importancia (Santa Cruz), y relativamente tardía; otra más pequeña, St. John; y St. Thomas, que fue puerto libre e isla *dépôt* (el otro gran subtipo caribeño, aparte de la isla-plantación, al cual también pertenecieron Curaçao y San Eustaquio). Vieques es del tamaño de St. Thomas y St. John juntos.

⁷¹ Coloco “culturales” entre comillas para significar una connotación estrechamente cultural y formal, diríamos incluso ideológica, en contraste con las dimensiones socioculturales que Mintz subraya.

la contribución cultural amerindia a la cultura criolla del Caribe francés fue poco significativa; el sistema de plantación se desarrolló temprano y con fuerza, con lo cual confinó por varios siglos el crecimiento de una identidad cultural insular al molde de la plantación. Las oportunidades para consolidar nuevas culturas de frontera en áreas al margen del sistema de plantación— las cuales eran comunes en el Caribe hispano— fueron más limitadas en las colonias francesas.⁷²



Mintz en un mercado haitiano. Haití, 1958. Colección privada de Sidney y Jacqueline Mintz.

Obsérvese que a la misma vez que Mintz enumera diferencias entre el Caribe francés y el hispano, propone tácitamente varios criterios generales para el surgimiento de una cultura criolla en el Caribe. Estos criterios en gran parte retoman los primeros que enunció al principio del ensayo, ahora con un acento en lo cultural:

- (1) importancia de la aportación cultural amerindia
- (2) *timing* del sistema de plantaciones en relación a la historia de la colonia

⁷² Mintz, “El Caribe...”, p. 27.

- (3) fuerza del desarrollo de las plantaciones
- (4) oportunidades para la consolidación de nuevas culturas de frontera

Aparecen otras coordenadas al discutir el Caribe inglés y holandés, estas de orden más cultural y político, y anteriormente con una menor presencia en el ensayo. La siguiente cita se refiere al Caribe inglés y holandés:

No tenían una religión misionera a la cual hubiesen podido exponer a los esclavos y así aculturarlos parcialmente. Tampoco existía un control ultramarino firme sobre las decisiones locales que afectaban a los esclavos, permitiendo así que los poseedores del poder local ejercieran un dominio más severo y arbitrario sobre las poblaciones esclavas, lo cual también atrasó la aculturación; sus grupos de plantadores eran menos propensos al asentamiento, Y era más probable que concibiesen sus vidas en las islas como exilios temporeros y –en la medida en que se daban relaciones sexuales ilícitas con mujeres esclavas– que sintiesen menos responsabilidad como padres hacia su prole bastarda. Por lo tanto, grupos sociales intermedios crecieron más lentamente en estas islas, y cuando así sucedió no eran criollos del tipo hispano.⁷³

De esa cita surgen varios criterios adicionales que marcan diferencias dentro del Caribe, y que en particular distinguen al Caribe hispano y francés del inglés y holandés (o al Caribe “católico” del “protestante”):

1. existencia o no de una religión misionera (o evangelizadora)
2. fuerza del control metropolitano sobre las decisiones locales que afectaban a los esclavos
3. propensidad de los plantadores al asentamiento y a sentirse responsables por su progenie

⁷³ *Ibid.*, p. 27.

En conjunto, los siete atributos así identificados merecerían un ensayo histórico aparte. En algunos casos son atributos contraintuitivos o aun contradictorios (un control metropolitano fuerte = mayores oportunidades de una “estabilización criolla”). Mintz no expresa esos rasgos de modo afirmativo, como se ha indicado, sino que señala la ausencia (relativa o absoluta) de unos u otros en el Caribe inglés, francés y holandés, lo cual dificulta su ponderación. El análisis resultaría más claro si invertimos sus términos. El Caribe hispano, además, no aparece en el encabezado del criterio, que remite solo a la ausencia de identidad nacional. Hay variables adicionales que ayudan a explicar la diferenciación interna del Caribe, pero él se limita a reconocerlas (con excepción de la ecología, que ya se había considerado en el primer criterio del ensayo). En el marco de un ensayo no podría considerarlas a todas; sí implica que discute las que considera más importantes.

En fin, el argumento de Mintz sobre identidad nacional es un tanto circular; no presenta afirmativamente el perfil del Caribe hispano; no da cuenta adecuadamente de diversos elementos “culturales” y pudiera sobre enfatizarlos; y presta insuficiente atención a las interacciones dentro del propio Caribe (¡incluyendo su interacciones cruzando el mar con las Antillas no hispanas!). Sin embargo, condensó en pocas páginas un análisis apretado e iluminador.

El ambiente colonial más antiguo y persistente del mundo

Esta sección coloca casi al final del ensayo un elemento que muchos autores, particularmente en la década de 1960, planteaban en primer lugar el colonialismo como factor explicativo. Ya el tema estaba presente en el segundo de los criterios esbozados por Mintz –la “extirpación” de las poblaciones autóctonas –pero más como hecho demográfico y sociológico que político. Él lo trae para resaltar una dimensión del colonialismo en el Caribe que no tiende a destacarse, y que remite a una suerte de *longue durée*– su antigüedad en esta región. En esta parte, redondea los comentarios que hizo de manera fragmentada a través del ensayo. La perspectiva de Mintz sobre el co-

lonialismo siempre fue compleja y, para algunos, antipática.⁷⁴ Pero lo que aquí le interesa ante todo es la comparación con otras sociedades, dentro o no de los mismos imperios coloniales presentes en el Caribe hasta mediados del XX.

Sus puntos claves: primero, el colonialismo no es moolítico, y la variante general del colonialismo en el Caribe configura un tipo específico de colonia industrial: “Resulta extremadamente importante señalar que en el Caribe, el sistema de plantación fue una forma de desarrollo capitalista, un hecho parcialmente oculto por su dependencia en la esclavitud”.⁷⁵ Segundo, la antigüedad del colonialismo en el Caribe, lo cual abona a ocultar su modernidad y a integrarlo o incrustarlo más a la sociedad local. Algo de esto comentaba Benítez Rojo en *La isla que se repite*. Estas dos características configuran al Caribe como una región colonial única en el mundo, en comparación “con áreas tales como el oeste africano, el sudeste asiático o las tierras altas de Latinoamérica.”⁷⁶

Un elevado grado de individualización, particularmente económica

Este último criterio conecta con el criterio séptimo sobre identidad nacional en cuanto a las diferencias entre el Caribe hispano y el noreuropeo, y el contraste entre los modos de vida campesinos y proletarios. Pero se relaciona particularmente con el tema que abrió el ensayo: la occidentalización del Caribe. Las sociedades caribeñas, según Mintz, son “no occidentales” solo cuando se observan superficialmente. En realidad, son sociedades altamente occidentalizadas y probablemente son las más occidentales más allá de EE.UU. o Europa. Define la occidentalización no en términos de aportes culturales afirmativos de Occidente, como tiende a hacerse, sino como el resultado “de un extenso contacto, del modo principal

⁷⁴ Quizá se detectan en el pensamiento de Mintz rasgos del internacionalismo (y antinacionalismo) marxista de muchos en Europa oriental, cimentado por la manipulación de las diferencias nacionales para promover la barbarie de la Primera Guerra Mundial.

⁷⁵ Mintz, “El Caribe...”, p. 29.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 29.

de organización económica y de la eliminación de lo ‘primitivo’ en las culturas de los pueblos caribeños”. En este noveno y último inciso, la occidentalización se aborda a partir de varios criterios ya discutidos en el ensayo:

- (a) la antigüedad de las sociedades caribeñas como colonias;
- (b) la ruptura tanto de sociedades aborígenes como de las culturas ancestrales de esos grupos migratorios que los suplantaron.
- (c) la pronta introducción de un tipo de organización económica agroindustrial capitalista

En esta ocasión, Mintz hace su aproximación al tema no en el plano colectivo, como en torno a la identidad nacional, sino en términos de relaciones individuales y familiares, sobre el terreno. Y lo hace enfocando el carácter pobre, rural y agrario de las sociedades caribeñas de su época, en momentos en que la urbanización y la emigración sacudían ese contexto. Al nivel de las comunidades rurales, como en los niveles más “macro” que analizó en secciones previas del ensayo, reconoce que resulta difícil percibir la occidentalización. Sin embargo, señala, tanto la pobreza como el carácter rural y agrario de las sociedades caribeñas fueron fundamentalmente producto del régimen de plantaciones:

Así, el área del Caribe pone de relieve algo ya bastante conocido en cuanto a zonas agrícolas retrasadas al interior de sociedades más obviamente occidentalizadas, como en el sur de Estados Unidos: cualquier ausencia de “occidentalización” es en realidad el subproducto de las formas particulares de control occidental impuesto a los habitantes.⁷⁷

Esa pobreza y atraso no fue producto del aislamiento, como supondría el *folk-urban continuum* de Robert Redfield, el modelo “inmensamente influyente” de cambio social en los años 1940 y 1950. Mintz a la vez que criticó el *folk-urban con-*

⁷⁷ *Ibid.*, p. 30.

tinuum, lo encontró sumamente útil como tipología.⁷⁸ A partir de su trabajo de campo en Yucatán, Redfield concluyó que el efecto de la urbanización, la heterogeneidad y la tecnología llevaban a una pérdida del aislamiento de comunidades a lo largo de un continuo (*continuum*) de rural a urbano cuyos resultados eran la desorganización cultural, la secularización y la individualización.⁷⁹

En una de sus primeras publicaciones académicas, Mintz hizo una crítica incisiva al *folk-urban continuum* de Redfield.⁸⁰ Destacó en el modelo bipolar de Redfield la ausencia de las extensas y numerosas plantaciones de henequén de Yucatán y de sus implicaciones específicas, ya que esas plantaciones constituían un polo de gran importancia económica y social en la región, muy vinculado al mercado mundial. Sin considerar esas plantaciones, sostenía Mintz, era imposible entender la formación de un proletariado rural yucateco.⁸¹ En

⁷⁸ El *folk-urban continuum* de Redfield fue “inmensamente influyente en los 1940 y 1950 tanto en la antropología como en la sociología”; era “el marco teórico preponderante para comprender regiones dentro de naciones”. Eric Wolf y Nathaniel Tarn, “Robert Redfield”, en Sydel Silverman (ed.), *Totems and Teachers: Key Figures in the History of Anthropology*. 2nd Ed., Walnut Creek, Altamira Press / Lanham, Rowman & Littlefield, Cop., 2004, p. 177. Redfield tomó de buen grado las críticas de Mintz. Ricardo Alegría, que estudió con Redfield en la Universidad de Chicago en el curso de sus estudios de maestría en Antropología, adoptó el modelo del *folk-urban continuum* en su investigación sobre Loíza. Ricardo Alegría, *La fiesta de Santiago Apóstol en Loíza Aldea*. Madrid, ARO, Artes Gráficas, 1954.

⁷⁹ Robert Redfield, *The Folk Culture of Yucatan*. Chicago, The University of Chicago Press, 1941.

⁸⁰ Sidney W. Mintz, “The Folk-Urban Continuum and the Rural Proletarian Community,” *American Journal of Sociology*, vol. 59, no. 2, September 1953, pp. 136-143. Oscar Lewis, que más adelante realizó investigaciones en Puerto Rico, igualmente hizo críticas importantes a Redfield en torno a sus investigaciones en Tepoztlán, donde este investigó antes de dirigirse a Yucatán. *Tepoztlán, a Mexican Village: a Study of Folk Life*. Chicago, University of Chicago Press, 1930. Oscar Lewis, *Life in a Mexican Village: Tepoztlán Restudied*, Urbana, University of Illinois Press, 1951.

⁸¹ Mintz elabora menos sobre el aspecto agrario de Yucatán y su economía de plantaciones, pero este subyace en su discusión de la plantación como forma muy especial, y en absoluto técnicamente atrasada, de organización económica. Sobre la historia socioeconómica de Yucatán, véase Gilbert M. Joseph, *Rediscovering the Past at Mexico's Periphery: Essays on the History of Modern Yucatán*. Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2003 [1986].

lo que respecta a la interacción social, la urbanización y la occidentalización “han avanzado aún más en la ruralía de la plantación que en ninguna otra parte de las sociedades caribeñas”; “[l]as implicaciones teóricas de esta aseveración son muy serias.”⁸²

Se trata de una ruralía frágil formada “ante la ausencia de tradiciones agrícolas integradas y frente a una resistencia de parte de la plantación (y a menudo hasta del gobierno)”.⁸³ “Rural” y “urbano” adquieren, pues, en las sociedades de plantación un significado surrealmente invertido, de tal forma que la occidentalización avanzó en el Caribe ante todo en la “ruralía” de las plantaciones.

Mintz pasa a discutir el aspecto de interacción social y en particular cómo la precoz occidentalización fomentó una individuación también muy temprana, asunto que reconoce ser muy serio; tanto que, según indica, solo lo trabaja preliminarmente en este ensayo.⁸⁴ Aunque resalta el ámbito económico, su argumento se desplaza más ampliamente y enfoca la debilidad de instituciones comunitarias, incluyendo iglesias, escuelas, clubes sociales y los comités de partidos políticos. Relaciona esta debilidad con el impacto de las plantaciones y de nuevo marca la diferencia (siempre para él relativa) del Caribe hispano, las diferencias en tradición cultural y la trayectoria específica del sistema de plantaciones, las distintas subregiones del Caribe; y dentro del Caribe hispano, entre las zonas de llano y la serranía. Sin embargo, reitera que sus afirmaciones no son más que programáticas y que las mismas “quedarán casi enteramente hipotéticas hasta que se realicen investigaciones adicionales sobre esos problemas”.⁸⁵

Mintz pasa de la debilidad de vida comunitaria a una configuración también frágil de las relaciones familiares. Destaca, como ya lo habían hecho otros, la prevalencia en la ruralía caribeña de uniones consensuales y de poca duración. Estas formas de emparejamiento, según Mintz, iban de mano

⁸² Mintz, “El Caribe...”, p. 31.

⁸³ *Ibid.*, p. 30.

⁸⁴ Aparentemente trataría el tema en el libro que contemplaba publicar, véase nota 27, ante.

⁸⁵ Mintz, “El Caribe...”, p. 38.

con formas de parentesco poco profundas, a diferencia de otras sociedades no occidentales. Reconoce que está simplificando una realidad muy compleja, en la cual también existen patrones de asociación comunitaria, pero enfatiza, por un lado, la importancia del contraste entre las sociedades caribeñas con las sociedades europeas y norteamericanas y, por el otro, con las no occidentales. Esta polémica en dos frentes que sostiene en “El Caribe...” es una nota fundamental del ensayo; de hecho, son más de dos frentes si se recuerda las diferencias que establece dentro del Caribe entre las islas hispanas y no hispanas (i... y Haití!), aparte de diferencias dentro de las islas entre zonas de bajura y de altura.

Mintz propone que la ausencia relativa de patrones comunitarios y de complejas redes formales de parentesco no deja un vacío, y que los pueblos caribeños han respondido históricamente mediante la creación de redes de relaciones diádicas. En estas relaciones, irradia de cada persona una serie de relaciones exclusivas con otra persona, y otra, y otra; aunque, sin embargo, el cúmulo de relaciones diádicas no forma un conjunto mayor... no empece que esas otras personas también sostienen relaciones diádicas entre sí (¡algo que él no parece sopesar!). Sustenta el punto, aunque de modo muy general, con un ejemplo del Caribe hispano, el compadrazgo, y otro de Haití, el *pratik* de mujeres vendedoras en el mercado.

Como paso final en su argumento, Mintz trae a colación cómo las diferencias en “tradiciones culturales”, “historias sociales, y condiciones políticas y económicas contemporáneas” matizan el grado de individualismo que operará en casos específicos. Sobre esto se limita a un ejemplo que surge de diferencias ecosociales dentro de las distintas islas, entre comunidades campesinas y comunidades proletarias rurales.

El noveno y último criterio en “El Caribe...” parece anticlimático por su temática local. Este inciso concluye el recorrido del ensayo a través del tiempo y de niveles de análisis sociohistórico y representa el “aterrizaje” del ensayo en el nivel “rural” y comunitario del Caribe hasta los años de 1960 en que se escribe. Pero ante todo, esta sección presenta el abordaje de Mintz a las corrientes centrales de la literatura

antropológica de su época en torno a la región del Caribe⁸⁶, la cual señala, había crecido rápidamente en los quince años previos a su artículo, es decir, a través de los años 1950 y principios de los 1960. Sus investigaciones se concentraban en el tema de la parentela (*kinship*) como era la norma en el campo de la antropología en esa época. En el Caribe, como en estudios sobre los afroamericanos en los Estados Unidos, se le prestaba mucha atención a los temas de emparejamiento y la matrifocalidad, por sus implicaciones para la formación de núcleos familiares, la crianza de niños y la política social de los estados aún coloniales o recién independizados. La nota al calce más extensa (por mucho) de “El Caribe...”, la número 33, tiene más de cincuenta referencias sobre el tema, que Mintz sintetiza como el de “Caribbean social and domestic organization and mating practices”.⁸⁷

Al colocar casi al final del ensayo la discusión de este nivel doméstico, comunitario y de parentela, Mintz sugiere que en la jerarquía de su análisis ese nivel de relaciones “cara a cara” debe verse en un contexto más amplio e histórico de cómo lo veía la mayoría de los antropólogos de su época. Para usar un lenguaje que Mintz no emplea, podría decirse que plantea que lo doméstico y comunitario no es una variable independiente y en cierto grado era una dependiente. Y en cuanto a modelos de relaciones domésticas, reubica la discusión de la parentela en un plano que trasciende los lazos familiares y conyugales para destacar la importancia de las relaciones diádicas, que salen del plano de la parentela e incluyen el compadrazgo de Puerto Rico y el *pratik* haitiano. El tema es inmenso y Mintz probablemente subestimaba la complejidad de los lazos comunitarios en el Caribe. Ciertamente, como él mismo reconocía, no existían las investigaciones de campo que pudieran fundamentar sólidamente el argumento.

⁸⁶ Trouillot, “The Caribbean, an Open Frontier”, pp. 25-28.

⁸⁷ “From the 1940s-70s, anthropologists focused on the organization of Afro-Caribbean families. Such work offered material, social, and historical analyses of kinship and domestic life, [but] it remained research that was located in individual countries and centered solely on Caribbean kinship, Caribbean family, Caribbean gender ideologies, domestic patterns, and economic roles”. Slocum y Thomas, “Rethinking Global and Areas Studies...”, p. 554.

El punto central de Mintz, sin embargo, es que el marco analítico de la antropología cultural era muy limitado al no considerar, en primer lugar, el fuerte impacto del sistema de plantaciones y el desarraigo cultural que suponía y promovía; y, segundo, las respuestas culturalmente creativas de las comunidades, aún bajo presiones fuertísimas, que lograban reorganizar y redefinir los lazos asociativos. Con este último punto, cierra su discusión de los nueve temas que perfilan el Caribe “sociocultural” o “societal”. Como lo hizo a través del ensayo, insiste con modestia (¡o con ánimo prevenido ante las críticas que anticipaba!) sobre lo tentativo de su ensayo. Sin embargo, no abandona su propuesta esencial: que en el Caribe prevaleció una occidentalización temprana y extrema, con sus corolarios –una trayectoria colonial prolongada, unos orígenes poblacionales heterogéneos y una muy particular historia económica en gran medida centrada en la economía de plantaciones. En esta sección final, lleva su razonamiento hasta el nivel “micro” y afirma que las relaciones diádicas han sido una respuesta coherente ante esas fuerzas inmensas y en un contexto de disgregación social.

En un breve comentario de cierre, Mintz le da la vuelta por completo al argumento que expuso en detalle a lo largo de decenas de páginas y concluye que la historia del Caribe puede ser un anticipo de lo que estaba ya sucediendo en otras partes del mundo, “recientemente empujadas hacia una dirección ‘occidental’“. Estas sociedades podrían seguir también los pasos del Caribe, al menos en algunos de sus sectores sociales (quizá particularmente proletarios rurales), hacia un individualismo extremo y una cultura despersonalizada. Europa y Estados Unidos seguirían a salvo de esto, por haber desarrollado su individualismo desde la posición ventajosa de formas institucionales de integración grupal largamente arraigadas.

CONCLUSIÓN

Es imposible hablar de la historia social del Caribe sin hablar de Sidney Mintz, y “El Caribe como área sociocultural” es uno de los textos que mejor refleja su perspectiva en cuanto al Caribe en conjunto. El ensayo es un recorrido en tiempo y espacio desde la ecología y la época indígena, a través de la

conquista, las sucesivas épocas hasta el siglos XX y las comunidades rurales del entorno de las plantaciones. Es un *tour de force* en el cual se reconsidera el significado de la modernidad en y desde el Caribe. La conceptualización del Caribe que ofrece Mintz puede ser calificada, pero no cabe duda de su coherencia, o de la lucidez con que la propone.

En “El Caribe como área sociocultural”, Mintz apuró los linderos disciplinarios de la antropología en su época para englobar la organización económica y la modernidad. En estos procesos históricos fue clave la plantación como forma de producción, con sus dimensiones inherentes de coerción y coloniaje e importaciones masivas de mano de obra subordinadas racialmente y divisiones sociales rígidas. Estos elementos tuvieron como consecuencia el desarrollo de patrones comunitarios relativamente débiles y con acento individualizado –más en el Caribe noreuropeo que en el hispano– con consecuencias importantes para las posibilidades de formación nacional.

La definición del Caribe que ofrece Mintz enfatiza no sólo las tierras bajas, las plantaciones y la esclavitud como claves para entender la región, sino también las tierras altas, los minifundios, y los campesinos, el impacto de la dominación colonial, así como los procesos sociales locales. Insistió en escudriñar la esclavitud comparativamente y de forma secuencial, como parte de una serie de formas de trabajo que surgieron en un contexto rico en tierras y escasos en mano de obra. Para Mintz, los esclavos y otras formas de trabajo tenían una historia en el Caribe y debían ser vistos en ese contexto. Este enfoque liberó a Mintz para cuestionar otros homogeneizantes sobre la esclavitud; para sugerir que había esclavos “protocampesinos”, que a su vez eran parte de una historia más larga de campesinos “reconstituidos” en el Caribe. Este enfoque tiene importantes implicaciones culturales, ya que ofrecía un marco material para repensar las culturas de los esclavos y su resistencia.

En su obra posterior, continuó afinando sus ideas en torno a la modernidad y el rol del Caribe en ella. Dos artículos subsiguientes de lente amplio sobre el Caribe son particularmente importantes. El artículo “La sociedad en el Caribe” para

la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales* (1968)⁸⁸ debe consultarse por su exposición sistemática, pero sigue de cerca los lineamientos del ensayo de 1966 y no ofrece novedad en cuanto a su análisis. “El Caribe...” estaba aún centrado en un mundo rural de plantaciones, campesinos y proletarios, donde las únicas migraciones eran las importaciones relacionadas al trabajo de plantaciones; pero ya, la sociedad de inmigrantes que Mintz trabajó en el ensayo se convertía en una sociedad de emigrantes. En “The Caribbean Region”, originalmente publicado en la revista *Daedalus*,⁸⁹ la plantación, las formas de trabajo coercionado y el campesinado están presentes mas quedan ya opacados por temas de mayor urgencia tras las conmociones culturales y sociales de fines de los años 1960. “In recent years, the concern with Afro-American culture which swept North American intellectual life has been joined to the somewhat belated recognition of the presence of Afro-American societies elsewhere, and particularly in the Caribbean region.”⁹⁰ El enfoque en el artículo de 1974 es notablemente contemporáneo, con atención a los patrones de las relaciones raciales (y su complejidad, la cultura afroamericana y su relación con las culturas originarias de África, el carácter complejo de la resistencia esclava, y el tema de la emigración y las diásporas caribeñas en las metrópolis, las cuales crecieron aceleradamente en población y visibilidad en los años 1960 y 1970.

En *The Birth of African-American Culture*,⁹¹ Mintz (con Richard Price) no trata al Caribe como región, pero analiza a profundidad la experiencia de la esclavitud a nivel “macro”. Mintz y Price extendieron y profundizaron la perspectiva de “El Caribe...”, donde la complejidad estaba muy presente, pero de modo más bien externo a la plantación, y ello tanto en la relación entre esclavos y plantaciones como entre campesi-

⁸⁸ Sidney Mintz, “Caribbean Society”, en David L. Sills, and Robert King Merton (eds.), *International Encyclopedia of the Social Sciences*. New York, Macmillan, 1968, pp. 306-319 y traducido al español (ed. 1974) bajo “Caribe, sociedad en el”.

⁸⁹ Sidney W. Mintz, “The Caribbean Region”, *Daedalus*, vol. 103, no. 2, Spring 1974, pp. 45-71.

⁹⁰ Mintz, “The Caribbean Region,” p. 55.

⁹¹ Originalmente, *An Anthropological Approach to the Afro-American Past...*, ante.

nos y plantaciones. En *The Birth of African-American Culture* Mintz y Price proponen que los africanos generaron creaciones culturales originales aún bajo las duras condiciones de la esclavitud y tan temprano como en las primeras dos generaciones (que luego Ira Berlin llamaría los *charter generations*).⁹² Así la dimensión cultural aparece en ese ensayo de modo más autónomo y creativo que en “El Caribe...” o aun en el de “The Caribbean Region”. El ensayo de Mintz y Price propició un debate fértil y a veces caldeado, que todavía continúa, sobre las “retenciones africanas” y la creatividad cultural bajo los regímenes esclavistas en las Américas, y sobre la cultura americana en general; es decir, sobre el proceso que muchos llaman “criollización”.⁹³

En “Enduring Substances, Trying Theories: The Caribbean Region as *Oikoumenê*” (1996),⁹⁴ Mintz hace una crítica a nociones sobre criollización e hibridez cultural en los estudios de globalización que utilizaban el vocabulario ya trabajados en el Caribe pero pasaban por alto la especificidad histórica de la región y en particular del carácter culturalmente devastador de la esclavitud y la urgencia que tuvieron los africanos esclavizados, sobre todo en las primeras generaciones, de forjar una cultura que en buena parte era nueva. Como en “El Caribe...”, Mintz categoriza separadamente a las Antillas hispanas como *créole societies*, donde el proceso no tuvo un carácter tan radical, y al Caribe inglés, francés y holandés en conjunto (y sin establecer las distinciones en “El Caribe...”) donde sí lo habría tenido. Finalmente, en *Ancient Colonies* (particularmente su

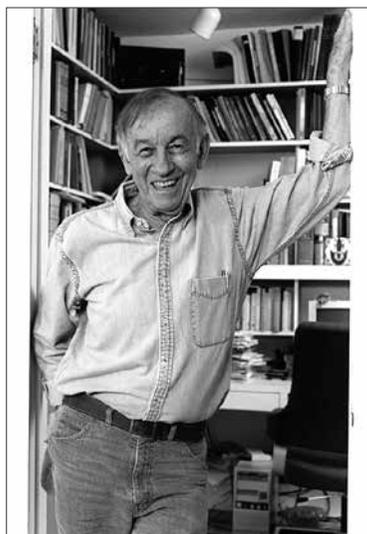
⁹² Ira Berlin, “From Creole to African: Atlantic Creoles and the Origins of African-American Society in Mainland North America,” *The William and Mary Quarterly*, vol. 53, no. 2, April 1996, pp. 251-288; y *Many Thousands Gone: The First Two Centuries of Slavery in North America*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998, especialmente el capítulo 1.

⁹³ Richard Price, “The Miracle of Creolization: a Retrospective,” *New West Indian Guide/Nieuwe West-Indische Gids*, vol. 75, nos. 1-2, 2001, pp. 35-64; Stephan Palmié, “The ‘C-Word’ Again: From Colonial to Postcolonial Semantics”, en Stewart, *Creolization*, pp. 66-83; Trouillot, “Culture on the Edges: Caribbean Creolization in Historical Context,” en *From the Margins: Historical Anthropology and its Futures*, Brian K. Axel (ed.), Duke University Press, 2002, pp. 189-210.

⁹⁴ Mintz, “Enduring Substances, Trying Theories...”.

capítulo final) se refleja un cambio en su perspectiva en cuanto a la historia de las Antillas hispanas, en las cuales acentúa la especificidad histórica de esas sociedades y su capacidad de desarrollar formas sociales propias, al menos desde principios del siglo XVIII.

Aunque las transformaciones del Caribe, y del planeta, desde mediados de los años sesenta han fechado a “El Caribe como área sociocultural”, el marco analítico que provee este ensayo conserva su valor, como también los temas más amplios del artículo: el trabajo humano y su compleja mezcla de explotación y dignidad; la relación del trabajo con las macroestructuras de producción y los caprichos del consumo; la cultura como proceso y la importancia de la vida material en el mismo; el Caribe/Atlántico como escenario clave de esas interacciones y del desarrollo del capitalismo mundial. Es un legado para releer, recordar y sobre todo para reinterpretar.



Mintz en su casa, Baltimore, 1997,
Colección privada de Sidney y
Jacqueline Mintz.

Recibido: 11 de abril de 2016

Revisado: 29 de junio de 2016

Aceptado: 30 de agosto de 2016

Abstract - The Caribbean as a Sociocultural Area: Reflections and Comments

“The Caribbean as a socio-cultural area” (1966), a key article by Sidney W. Mintz, promotes multiple discussions and approaches. This article examines the historical and intellectual context of the essay: its place in Mintz’s oeuvre and its importance for Caribbean studies; and the ongoing debates where the article may be located. The article reviews the criteria that Mintz uses to define the Caribbean, in order to highlight the particular significance of each, as well as their interactions. Finally, some general remarks about “The Caribbean ...” and its broader implications are set forth. The article presents a region whose keystone was Westernization and early modernity, and which was world-historically an early outpost of capitalism. It is these coordinates –often overlooked in discussions on Mintz’s work– that grounded the ensemble formed by plantations, racism, and enduring colonialism which, to Mintz, typified the historical Caribbean.

Key words: Caribbean, Sidney Mintz, modernity, area studies, capitalism.

Juan A. Giusti Cordero es Catedrático en el Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras. Posee un doctorado en Sociología de la Universidad del Estado de Nueva York en Binghamton y un J.D. de la Facultad de Derecho de la Universidad de Puerto Rico. Ha escrito extensamente sobre la historia social, legal y ambiental de Puerto Rico y el Caribe. Es coeditor de *Sugarlandia Revisited: Sugar and Colonialism in Asia and the Americas, 1800-1940* (2007) y de *Sociedad y cultura contemporáneas: Introducción a las ciencias sociales* (2016). Sus áreas de interés incluyen la historia social del Caribe, las dinámicas raza-clase-cultura, la historia del azúcar en la economía mundial y las regiones históricas intranacionales. Por tres décadas, el profesor Giusti Cordero ha participado en la defensa de los derechos de propiedad consuetudinarios de las comunidades negras de Piñones (Loíza), las cuales han estado sujetas a intensas presiones de parte de complejos residenciales-turísticos. Entre 2004 y 2011 dirigió el Centro de Acción Urbana, Comunitaria y Empresarial (CAUCE), adscrito al Recinto de Río Piedras. En la actualidad coordina el Archivo de Ciencias Sociales y el Caribe (Instituto de Estudios del Caribe, Facultad de Ciencias Sociales) donde se encuentra la Colección Sidney W. Mintz.